

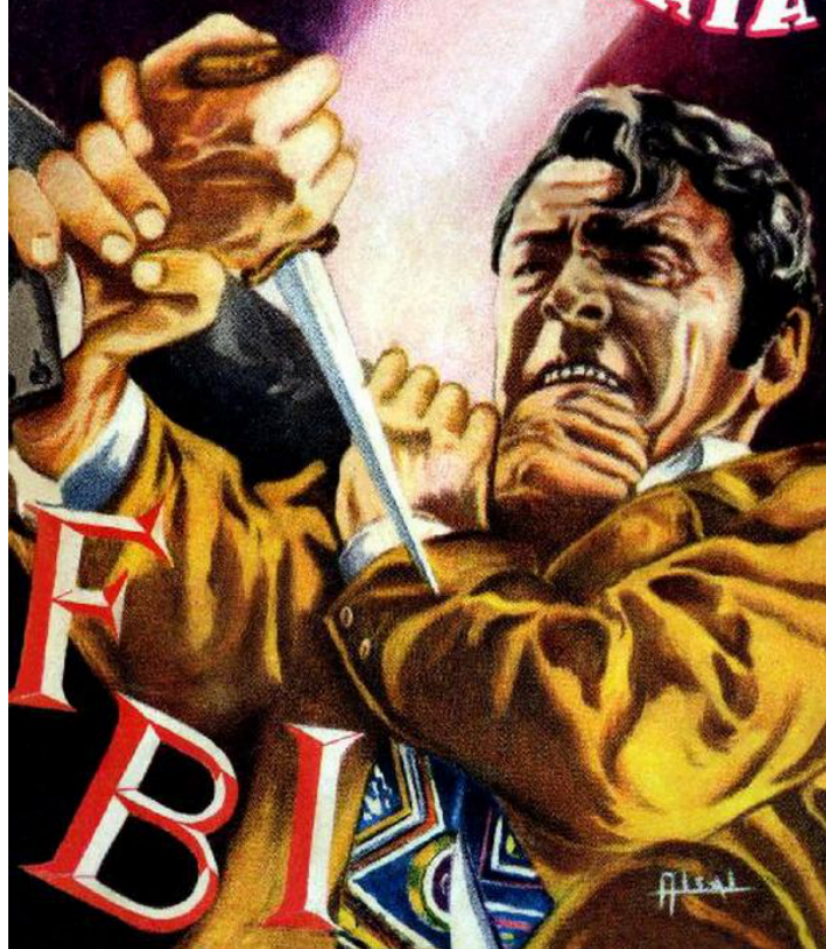
La
BESTIA

TRR

FRANK Mc FAIR

ESCARLATA

5
V



FRANK McFAIR

LA BESTIA ESCARLATA





SAN BERNARDO, 68. - MADRID

COLECCION F. B. I.

Números publicados:

- Núm. 1.—¡CULPABLE!, por Alf Manz. (5.ª edición.)
» 2.—LA FLOJA GRIS, por Alf Manz. (4.ª edición.)
» 3.—EL REY DEL HAMPA, por Fred Baxter. (3.ª ed.)
» 4.—EL COBARDE, por Alf Manz. (3.ª edición.)
» 5.—LUCHANDO EN LA SOMBRA, por Frank McFair.
(2.ª edición.)
» 6.—CONTRA SCOTLAND YARD, por Alf Manz.
(2.ª edición.)
» 7.—SU ALTEZA EL LADRON, por Fred Baxter.
(2.ª edición.)
» 8.—LA RUTA DE LA LOCURA, por Frank McFair.
(2.ª edición.)
» 9.—A LA OFENSIVA, por Eddie Thorny. (2.ª ed.)
» 10.—LA REDADA, por O. C. Tavin. (2.ª edición.)
» 11.—SHANGHAI, por Alf Manz. (2.ª edición.)
» 12.—GUERRA DE GANGSTERS, por Fred Baxter.
(2.ª edición.)
» 13.—¡SANGRE!, por Frank McFair. (2.ª edición.)
» 14.—LA REBELIÓN DE LOS MUERTOS, por Alar
Benet. (2.ª edición.)
» 15.—EL HOMBRE DE LAS TRES CARAS, por A. G.
Murphy. (2.ª edición.)
» 16.—TANGER, por Alf Manz. (2.ª edición.)
» 17.—¡TRAIDOR!, por O. C. Tavin. (2.ª edición.)
» 18.—TRAGEDIA EN BERLIN, por Eddie Thorny.
(2.ª edición.)
» 19.—ALTA TRAICION, por Fred Baxter. (2.ª ed.)
» 20.—TERROR EN LA ACADEMIA DE QUANTICO,
por Alf Manz. (2.ª edición.)
-

- Núm. 21.—EL DELATOR, por Alar Benet.
 » 22.—ARMONIAS DE MUERTE, por Frank McFair.
 » 23.—DESTINOS CRUZADOS, por Alf. Manz.
 » 24.—PERSECUCION, por O. C. Tavin.
 » 25.—UNA CIUDAD ABIERTA, por Eddie Thorny.
 » 26.—HORAS TRAGICAS, por A. G. Murphy.
 » 27.—LA MUERTE ALADA, por Frank McFair.
 » 28.—DOCTOR X, por Alf Manz.
 » 29.—EL COLOSO DE HIERRO, por Alar Benet.
 » 30.—TRAMPAS MORTALES, por O. C. Tavin.
 » 31.—CONTRABANDO FUNESTO, por Frank McFair.
 » 32.—NUEVA YORK-SAN FRANCISCO, por A. G. Murphy.
 » 33.—ENTRE REJAS, por Alf Manz.
 » 34.—MUERTE EN EL CARIBE, por Alar Benet.
 » 35.—SECUESTRO, por O. C. Tavin.
 » 36.—EL DUENO DEL MUNDO, por Eddie Thorny.
 » 37.—HERMANO CONTRA HERMANO, por A. G. Murphy.
 » 38.—FILIBUSTEROS MODERNOS, por Fred Baxter.
 » 39.—PALESTINA EN LLAMAS, por Frank McFair.
 » 40.—LA LEY DEL TERROR, por Lewis Haroc.
 » 41.—A LA DESESPERADA, por O. C. Tavin.
 » 42.—LA PROMOCION DE LA MUERTE, por Alar Benet.
 » 43.—TINIEBLAS, por Alf Manz.
 » 44.—ESPIAS EN LA NOCHE, por Fred Baxter.
 » 45.—FIDELIDAD, por Alar Benet.
 » 46.—SIN CUARTEL, por A. G. Murphy.
 » 47.—ARMOUR, EXPULSADO, por O. C. Tavin.
 » 48.—
 » 49.—LA MAFFIA, por Alf Manz.
 » 50.—ALASKA, FINAL DE RUTA, por Lewis Haroc.
 » 51.—TRAS EL TELON DE ACERO, por Alar Benet.
 » 52.—GANGSTERS DE GUANTE BLANCO, por John L. Martin.
 » 53.—¡ACUSADO!, por A. G. Murphy.
 » 54.—MISTERIO EN VIENA, por O. C. Tavin.
 » 55.—EL GENIO DEL MAL, por A. Benet.
 » 56.—HOMBRES ARMADOS, por Jack Brooklyn.
 » 57.—PAVOROSA ELECCION, por O. C. Tavin.

En preparación:

HUELLAS DE ULTRATUMBA.

A John T. Rollan, mi editor español, de su sincero amigo

Frank C. McFair

PREÁMBULO



ra un hombre de mediana estatura, aun cuando de hombros muy anchos. Llevaba ambas manos metidas en los bolsillos del gabán, y el cuello de este subido hasta casi rozar el ala del sombrero. La noche estaba horriblemente fría y los escasos transeúntes corrían hacia sus casas, hambrientos de comida y de calor. Hacia el centro de la ciudad, seguramente que los almacenes estarían aún llenos de parroquianos preparándose para las compras de Navidad, pero en la Novena Avenida apenas si había tráfico.

El hombre caminaba a buen paso, taconeando reciamente, y un par de veces en que se cruzó con otros tantos viandantes, los empujó violentamente a un lado, y los dejó maldiciéndole, sin apenas parecer darse cuenta.

Enfiló Hudson Street hasta llegar a la plaza de Abingdon. Allí se

detuvo y miró los números de las casas, acercándose mucho a la fachada para hacerlo. Por fin, allí, a su izquierda, vio el que buscaba. Una casa de un par de pisos, con cinco gradas delante de la puerta, como tantas otras de Greenwich. En el buzón había un nombre: «Míster Timothy O. Ryan». El hombre se aseguró y luego sacó la mano derecha del bolsillo. En ella llevaba un sobre oblongo, que destelló fugazmente a la amarillenta luz del reverbero. Luego, lo aproximó a la ranura y lo empujó con un golpecito seco y satisfecho. El sobre desapareció y el hombre bajó de nuevo las cinco gradas y, echando una ojeada circular, se dio cuenta de que nadie le había seguido, ni había visto su manejo. La tarea había concluido satisfactoriamente y sólo faltaba dar cuenta de su resultado a...

Se metió en una droguería que abría sus fauces iluminadas al otro lado de la calle y entró en la cabina telefónica. Puso un níquel en la ranura y pidió un número. Sólo tardó medio minuto en oír aquella conocida voz, a la que, por cierto, temía más que al mismísimo diablo en persona.

—Ya está hecho, jefe. Y bien hecho. Esta noche o mañana lo recibirá.

—¿...?

—No, jefe; completamente seguro. Ya sabe que yo me doy cuenta de si me siguen. Tengo un olfato de podenco. Hace tanto frío, que la gente se ha quedado muy quietecita en casa y nadie había en Abingdon.

—...

—Sí, jefe; pero ¿no podría adelantarme...?

—¡...!

—Está bien, jefe; está bien. Es que pensaba celebrar un poco la Nochebuena. Ya sabe que tengo dos mamoncillos en casa y me gustaría...

—...

—En cinco minutos estoy ahí, jefe —terminó alegremente él hombre.

Colgó el teléfono cuando oyó el «clic» que le anunciaba haber cortado el jefe y salió de la droguería frotándose las manos. Ahora, a coger unos cuantos billetes y a marcharse a casita. La mujer podría comprar un par de zapatitos a los bebés, aquellos gemelos tan regordetes y graciosos, y unas cuantas cosas para ellos mismos.

Celebrarían unas magníficas Pascuas. Y total, por no hacer más que echar una carta en un buzón procurando que no lo viera nadie. ¡Ah, valientes tontos los que se agotaban en un taller o en una oficina, habiendo maneras tan fáciles de ganar el dinero! Él mismo, si no hubiera tenido el valor de pedirle a su amigo Thorwald que lo ocupara, se vería constreñido todavía a trabajar en aquel maldito garaje, donde no ganaba ni lo necesario para comer.

Cuando llegó a su destino, una puerta cochera que se abría sobre un muro sucio; se cercioró de que nadie lo seguía ahora tampoco. Ya había hecho algunas otras veces aquella misma operación. Cada vez que la puerta cochera se cerraba tras él y se encontraba en la calle, un buen fajo de «papiros» descansaba en su bolsillo.

Ahora, claro, sería igual que otras veces. Golpeó la puerta con suavidad, una, dos veces, tres.

Aguardó un poquito y luego repitió la llamada. La puerta, silenciosamente, giró sobre sus goznes y dejó un estrecho paso, por el que se introdujo el hombre. Ya sabía que ahora no tenía que hacer más que dar diez pasos hacia delante y quedarse quieto. Entonces, saldría una mano de alguna parte de las espesas tinieblas, y pondría en la suya los billetes. Nada más.

Dio los diez pasos y aguardó. Un minuto, dos, tres minutos. Jamás había sido tan larga la espera, pero él no era impaciente. Sus templados nervios escandinavos no sabían lo que era la impaciencia. Había que aguardar, pues aguardaba.

Si es verdad que existe un sexto sentido que avisa la presencia del peligro, ese sentido no envió aviso alguno al cerebro del hombre. Nada en absoluto. Ni una simple vibración nerviosa, ninguna sensación de intranquilidad, nada. Cuando el cuchillo se enterró en su garganta y su boca se abrió para lanzar un grito que se convirtió en gorgoteo ahogado, fue cuando únicamente algo reaccionó en su sistema nervioso. Pero era tarde, muy tarde ya. Cayó pesadamente al suelo, sobre sus rodillas y luego rodó, tendido cuan largo era. Hubo un silencio. Luego se encendió una linterna sorda y un delgado chorro de luz iluminó al caído. De la boca y del cuello de éste salía a chorro la sangre de la seccionada yugular.

Dos manos tocaron el pecho del cadáver y se movieron rápidamente sobre él, quitándole la documentación y las marcas de la ropa. Para ello, el asesino hubo de dejar la linterna sobre algo,

pero ni una sola vez, un posible observador hubiera podido ver los rasgos de su cara. Ni siquiera su estatura o corpulencia.

Trabajó activamente durante cinco minutos, y luego, la linterna se apagó. Después, silencio. Un silencio pesado, mientras del cielo de plomo empezaban a descender ligeros vellones blancos, que se posaban no menos silenciosamente sobre el suelo. Nevaba.



I



L tercero, y en el mismo sitio —dijo el capitán Trent, rascándose la casi calva coronilla, con gran desesperación—. Mañana, los periódicos se van a dedicar a hacernos la vida imposible. Como si no tuviésemos ya bastantes jaleos, ahora nos llueven todos estos crímenes. Que me aspen si no es la obra de un loco.

—¿De un loco? —preguntó el hombre que estaba con él, un agente de uniforme, en cuyas charreteras se veía la barrita de oro de teniente—. No, no es un loco. Y ni siquiera podemos decir que sean de la misma mano los tres asesinatos.

—La herida en la garganta, que secciona limpiamente la yugular... —empezó el capitán Trent, volviendo a su ocupación de rascarse la cabeza.

—Pudiera ser; pero no es una prueba concluyente. Mejor,

examine esto.

Sacó de una cartera de cuero un montón de papeles y se los tendió a su superior. El capitán Trent, de la Policía de Nueva York, les echó un vistazo rápido.

—Lo de siempre. Piden protección, porque alguien los amenaza con secuestrar a un familiar. En cuanto el futuro secuestrador se da cuenta de que la Policía está cerca, ¡como el humo! No aparecen siquiera. Lo de siempre.

El teniente se le quedó mirando especulativamente.

—No diría yo eso, señor. El que escribe una de esas cartas es un hombre de posición. Imagínese que da la noticia a la Prensa. Ésta se echaría encima de nosotros como una bandada de lobos. Ya sabe usted, la abulia de la Policía, y todo lo demás.

—Entonces, ¿tendremos que llamar...?

—Sí, señor. Al menos, creo qué es lo más acertado.

El capitán miró de nuevo los papeles.

—El diputado Ryan, ¿eh? Es uno de los más furibundos de la oposición. Sí; creo que seguiré su consejo, Thompson, y llamaré a Washington. Si McTavish se pone en pie durante una sesión y se le ocurre decir que nosotros... Bueno; los cañones del pelo se me ponen de punta. Deme el teléfono.

Pidió larga distancia a la operadora de turno en Center Street, y cuando la consiguió, el número 7117. Un momento después estaba hablando con un hombre de voz metálica. Cuando terminó se volvió hacia el teniente Thompson.

—Entérese si hay algún indicio que nos permita averiguar quién era ese hombre, o me volveré loco. Una persona no puede aparecer así, sin más ni más, como si se hubiera materializado en el aire.

Pero no tuvieron que esperar mucho. Solamente dos días, en que la Prensa publicó la fotografía de un hombre de unos treinta años, y, a pesar de que la muerte y la prolongada estancia en el río lo habían desfigurado un poco, fue reconocido por una mujer llorosa y de ojos muy abiertos por el espanto y el dolor. Una mujer que llevaba en un cochecito dos bebés que contemplaban el mundo muy interesados en lo que ocurría a su alrededor.

La ficha que apuntaron en Center Street era la siguiente:

«Harald Mattisson, de treinta y dos años, de origen noruego, naturalizado americano hace seis. Casado con

Thora Elvsted, nacida en los Estados Unidos, de padres suecos. Dos niños de pocos meses, mellizos. Causa de la muerte: herida de instrumento cortante que le seccionó la vena yugular. Causante o causantes: desconocidos».

Eso era todo. Una pobre mujer quedaba sin recursos económicos y con dos niños a su cargo.

No; el porvenir se presentaba un poco oscuro para Thora Mattisson.

Thorwald Svenson dobló la esquina y se metió de rondón en el bar de Harvey. Cuando Thorwald pasaba por algún sitio en el que había abundantes mujeres era difícil para él dejar de oír los admirados «¡Oh!», con que ellas le rendían tributo. Y Thorwald no era guapo. Ni su misma madre hubiera podido hacerle pasar por tal. No; era otra cosa. Era algo que emanaba de él. Aparte de sus seis pies y medio de estatura y de sus doscientas libras de peso[1], poseía alguna cualidad especial. Irradiaba, quizá, masculinidad. Una masculinidad arrolladora, mezclada a una vitalidad que casi nunca poseen los ejemplares de la raza humana. Esa vitalidad que hace que un león o un tigre o una pantera luchen hasta morir y encuentren, incluso, gusto en ello, siempre que maten a su vez.

Había algo en su rostro que recordaba al de una fiera de la selva o del «veldt», pero hubiera estado loco quien intentase comparar sus facciones con las de un animal. No; recordaba instintivamente al animal, pero «no se parecía» a él.

Tenía el pelo muy rubio, de color de miel, y lo llevaba bastante corto. Una piel blanca, a la que el sol no tostaba, sino que quemaba, y la cara, asombrosamente libre de pecas. Sus ojos poseían una firmeza que hacía que nadie pudiera resistir aquella mirada durante más de un segundo sin bajar la vista, y no se parecían a los de la mayoría de sus compatriotas, un poco bovinos y privados de expresión. No; aquellos ojos, de un pardo muy claro, casi verde, eran cálidos y brillaban a veces con luces doradas. En otras ocasiones, cuando Thorwald Svenson se enfurecía, cosa que no se le veía nunca en el rostro, los ojos se tornaban grises como los de los mares de su tierra natal, la lejana Noruega. Entonces, más le valía al ofensor esconderse bajo siete metros de tierra o de cemento. Estaba listo si no lo hacía.

Entró en el bar y se dirigió hacia los fondos del local. Había allí una puerta que, bajo el ambiguo cartelito del «reservado», impedía a todos los no iniciados la entrada. Pero Thorwald era un iniciado.

En la habitación había tres hombres, en mangas de camisa, fumando, bebiendo y jugando a los naipes. Pero parecía que el juego de cartas había sido un poco abandonado, porque cuando él abrió la puerta llegó a sus oídos el ruido de una discusión en voz alta. Pero cuando vieron su gigantesca figura callaron como por ensalmo. Thorwald saludó con el brazo y fue a sentarse en una silla. También él se quitó la trinchera militar que llevaba y la chaqueta, porque la temperatura del reservado era casi sofocante.

—Seguid —dijo—. Yo entraré en la otra mano.

Uno de los jugadores, disimuladamente, intentó tapar un periódico con su brazo, pero ya Thorwald, dispuesto a esperar a que acabasen la mano de «*poker*», le había echado mano. El otro no intentó siquiera impedírselo y, en vez de ello, todos, evidentemente nerviosos, principiaron a hablar en voz alta.

Thorwald no dijo nada cuando vio la primera página del diario, ni cambió de expresión siquiera, pero sus pupilas se tornaron grises, del color del acero cuando no lo hiere el sol. Los ojos de los jugadores se fueron levantando poco a poco y fijándose en los suyos con expresión de susto. De sobra conocían aquella mirada.

—¿Cuándo lo habéis sabido vosotros? —preguntó, con voz sin inflexiones.

—Hace un rato —empezó, premiosamente, uno de los jugadores, un polaco llamado Pajalsky, alto, de ojos azul líquido y labios tan finos, que apenas se le veían—. Cuando nos dieron el periódico.

—Igual que los otros —contestó otro de los jugadores—. Igual que los otros dos. ¡Dios! Ese hombre es una fiera. No puedo creer que Mattisson nos traicionara, como nos dijo en las anteriores ocasiones. Pero si sólo era un intermediario sin importancia...

—Nada más que un intermediario —dijo Thorwald, con la misma voz—. Y, sin embargo, ha tenido que asesinarlo —miró a los demás, uno a uno, como calibrando sus posibilidades.

Bien sabía él que no eran sino pistoleros a sueldo, y que se venderían al mejor postor. No debía confiar demasiado en ellos.

—Bien —dijo, moviendo el brazo, como si alejara aquello—. No hay por qué llorar por la leche cuando ya se derramó. —Vamos a

ver esa mano de «poker».

Los jugadores dieron un suspiro de alivio.

—Hombre, me alegro de que lo tomes así —dijo Pajalsky—. Creíamos que como era tu amigo...

—Pero hay un jefe que manda, ¿no es así? Pues él es quien tiene que dar las órdenes. Además, aún no sabemos si lo ha matado el jefe o no. Así, pues... —Miró las cartas que le había servido el polaco, puso un dólar para pedir y se descartó de dos.

Cuando volvió a mirarlas tenía cuatro reinas en la mano. En su boca, de finos labios, se insinuó una leve sonrisa.

Aquella noche, cuando llegó a su pisito, un apartamento con una alcoba, una sala, una minúscula cocina y un cuarto de baño, había alguien esperándole en el rellano de la escalera. Una mujer joven, pero sobre la que parecían haber caído de pronto diez años. Thorwald la conocía bien, porque eran amigos incluso antes de que se casase con Harald Mattisson y perdiese su apellido de Elvsted.

Thorwald no dijo nada, ni ella tampoco, hasta que estuvieron dentro del cuarto. Entonces, la muchacha se quitó lentamente los guantes y se desabrochó el gabán, mientras Thorwald hacia lo mismo con la trinchera, en la que aún no se habían disuelto del todo los copos de nieve que bailaban furiosos en el exterior.

—He... he dejado a los niños con mi prima —dijo Thora, vacilante.

—No sabía que tuvieras una prima —dijo Thorwald, dirigiéndose a la cocina.

En un momento encendió el gas y puso sobre él la cafetera, mientras Thora lo miraba hacer con aire ausente.

—Oh, sí; vivía en Illinois, con sus padres; pero al saber... esto, ha venido... ¿Quieres que te ayude?

—Ni en broma. Vamos a tomar dos buenas tazas de café y ya verás cómo entramos en calor. Esta noche me ha parecido que volvía a Noruega.

Llegó, justo a tiempo para recoger entre sus brazos el inerte cuerpo de la joven cuando ésta se venía al suelo. Fue para él como coger una pluma del suelo y dejarla sobre un diván que le servía a él de cama.

La miró unos instantes y luego volvió a la tarea de hacer el café. Cuando terminó, sacó de un pequeño armario una botella de

aguardiente fuerte como el «vodka» y regó con él el brebaje. El resultado hubiera hecho saltar a un moribundo de la cama.

Se dirigió hasta el diván y se arrodilló al lado de la joven. Le entreabrió los labios y vertió entre ellos parte del líquido. La joven tosió y su blanca cara se puso encarnada, pero abrió los ojos.

—Siento... haberme desmayado... —dijo—. Pero llevo dos días sin poder dormir ni comer. Creo que es por eso.

Thorwald le rodeó los hombros con el brazo izquierdo y la atrajo hacia sí, hasta que ella apoyó la cabeza en su pecho.

—Llora —le dijo—. Llora hasta que se te sequen las lágrimas, porque hasta ahora no lo has hecho. Llora y luego te diré una cosa.

Como si las lágrimas hubieran estado prestas, como soldados para una batalla, empezaron a fluir silenciosamente de los ojos de la muchacha. Lloraba sin un gemido, sin ruido. Sólo aquellas enloquecedoras lágrimas rodándola por las mejillas.

No duró mucho. Al cabo de cinco minutos. Se estremeció y se quedó quieta. Thorwald, con dulzura, la apartó de sí y la apoyó contra el respaldo del diván.

—Ahora, escucha. Thora. Juro que vengaré al hombre que mató a Harald. Cuando lo tenga frente a mí, lo partiré en dos como esto —cogió un grueso libro, de recios cantos, de encima de la mesa, un diccionario de inglés y, limpiamente, lo partió por la mitad. Él también necesitaba desahogarse. Por eso, también, hablaba en noruego. Sus ojos habían vuelto a recobrar aquella mirada plomiza, color de cielo en día de nieve.

—Gracias —dijo Thora cerrando los ojos—. Era el mejor hombre que uno pueda imaginarse. El mejor esposo y el mejor padre. Cuando vio que habían venido dos mellizos, en vez de un solo bebé como él esperaba, bailaba de alegría encima de su sombrero nuevo. Ahora ya no está. Ya no volverá a llamar a Ingrid ni a Olaf. Nunca oirán los nenes su voz, nunca más.

—Basta —Thorwald no alzó la voz, pero el efecto fue el instantáneo. Aquella voz no podía ser desobedecida—. Basta, Thora. Ahora debes procurar descansar. Te acompañaré a tu casa. ¿Cómo andas de dinero? —preguntó sin ambages.

Ella lo miró como si aquello no se le hubiese ocurrido siquiera.

—No... sé. Estos días se ha ocupado Hilde de todo eso. No sé. Pero la noche... en que desapareció Harald, recuerdo que me dijo

que iba a cobrar una cosa. ¿Por qué lo mataron, Thorwald? ¿Por qué lo hicieron?

No podía explicarle que su marido, recién muerto, había pertenecido a una banda de hombres que vivían al margen de la ley. No, no podía hacerlo.

—No lo sé, Thora. Pero lo averiguaré y cogeré al que lo hizo. Te acompañaré a casa.

Thora y Harald habían alquilado una casita en la Tercera Avenida, y las ventanas daban sobre los retorcidos armazones metálicos del Elevado. El barrio era pobre, aunque no tanto como lo había sido dos décadas atrás. De todas maneras, era lo único que podían costear con los escasos recursos de Harald como mecánico de un garaje. Luego, cuando empezó a ganar más dinero con las comisiones, como le decía a su esposa, empezó a buscar otra casa, pero aún no la había encontrado.

Una muchacha más joven que Thora, la que tenía veinticuatro nada más, les abrió la puerta. Era muy alta, quizá de cinco pies ocho pulgadas y llevaba los rubios cabellos sujetos en dos trenzas encima de la cabeza. Su piel era tan blanca como la de Thorwald y, como él, no podía desmentir su origen escandinavo. Dos ojos azules, del color de la miosotis, se fijaron en Thorwald cuando éste pasó.

—Te presento a Thorwald Svenson —dijo Thora cansadamente—. Era amigo de... Harald.

—Debes descansar —dijo Thorwald cogiéndola del brazo, sin extender la mano para saludar a la jovencita—. Échate. Pero antes, deberías comer algo. No puedes seguir así.

—Lleva dos días sin probar bocado —dijo Hilde con una voz tan dulce que hizo que Thorwald se volviese como si le hubiese picado una serpiente—. Creo que debiera sobreponerse.

—Prepare algo de comer —dijo Thorwald. Luego, vio el gesto de vacilación ligerísima de la joven y comprendió. En aquella casa no debía abundar el dinero. Metió la mano al bolsillo del pantalón y sacó un rollo de billetes de cinco dólares.

Cuando la jovencita subió de nuevo al piso, se encontró con que Thora, rendida, se había echado en la cama y dormía profundamente. La resistencia humana tiene un límite hasta para los que están bajo la presa de un dolor lacerante.

Thorwald se puso un dedo en la boca.

—No haga ruido —dijo en voz baja—. Ojalá duerma hasta mañana por la noche. ¿Dónde están los bebés?

Hilde le guió hasta la habitación trasera, que habían convertido en cuarto de la infancia. Las habilidosas manos de Harald habían decorado las paredes y habían construido toda clase de juguetes infantiles. Por todas partes se veía la huella de la laboriosidad del asesinado.

A los ojos de Hilde asomó una lágrima al inclinarse sobre la cunita en la que se veían las regordetas caritas de los bebés, dormidos. Tenía un suave y sedoso cabello rubio y parecían muy satisfechos después de su reciente banquete de leche pasteurizada.

Thorwald entrecerró los ojos contemplándolos. Luego, bruscamente, dio media vuelta y salió del cuarto. La joven lo siguió y lo vio al lado de la ventana, mirando caer la nieve.

—Preparé algo de comer —dijo. Y se metió en la cocina. Cuando salió, diez minutos después, con un gran plato de huevos revueltos y grandes lonchas de jamón, él continuaba en la misma postura.

II



IENTESE y coma algo — dijo ella depositándolo encima de la mesa, cubierta con una funda de plástico.

Thorwald se acercó a la mesa y se sentó, mirando a su compañera que en aquel momento se ocupaba en servirle.

—¿Había estado antes en Nueva York? —le preguntó.

—No —afirmó ella sentándose también—. Vine aquí para tratar de encontrar empleo. Aprendí el oficio de secretaria en Springfield, Illinois, pero no me gustaba aquel sitio. Creí que en Nueva York podría encontrar fácilmente empleo. Pero parece ser que no es así. Llevo ya aquí diez días y aún no he conseguido nada. Ni siquiera vagas esperanzas.

—Son muchos los que vienen aquí creyendo coger la fortuna por

la cola —dijo él adustamente—. Pero pocos los que logran siquiera una pequeña tajada. Debió haberse quedado en Springfield.

—No podía —declaró ella sencillamente—. Allí ocurrió lo mismo. Mi padre tenía una granja en el campo, una buena granja en la que los cerdos se contaban por cientos y los campos de trigo se perdían de vista. Pero se le llenó la vista con la Bolsa, vendió la granja y nos trasladamos a la ciudad. Y mi padre se dejó en las finanzas todo su capital. Cuando tuvo que coger el empleo de portero de noche en un «*dancing*», aún se mostró agradecido a la suerte. Pero yo no podía. Y decidí venirme aquí. O a San Francisco. Fue solamente el hecho de tener una prima aquí, Thora, fue lo que me hizo elegir esta ciudad.

Hubo un momento de silencio, que rompió nuevamente la muchacha.

—¿Nació usted aquí? —preguntó dulcemente. La luz de la lámpara hacía destellar su cabello dorado. No uno de esos cabellos color de paja que tanto abundan entre las nórdicas, sino así, dorado como la miel pura. Y brillaba de tal manera que parecía que la luz salía de dentro, no que le llegase de fuera.

—No —respondió secamente el otro—. Vine de Noruega. Mi madre era sueca, y mi padre noruego. Cuando los alemanes cruzaron el Sund, me alisté en el ejército de mi país y estuve combatiendo contra los invasores hasta la retirada de Narvik. Yo había sido herido en una de las últimas batallas y los ingleses no pudieron llevarme, creyendo que estaba muerto. Los alemanes me cogieron prisionero y me metieron en un campo de concentración, del que logré escapar. Con ayuda de otro prisionero, Harald Mattisson, logré llegar a Dinamarca, donde estuvieron a punto de cogernos nuevamente. Pero al fin, en un carguero, con otros huidos daneses y noruegos, pudimos llegar a Inglaterra en el momento de la «debacle» francesa. Me alisté en el ejército noruego del exilio y seguí peleando, Egipto, Libia, Trípoli, Túnez, Sicilia e Italia. ¿Para qué contar más? Al terminar la guerra me vine a los Estados Unidos porque un compatriota me dijo que aquí se podía hacer dinero y pronto. Y yo quería dinero, porque bastante había sufrido. Ahora quería Vivir, así con mayúscula. Arrebatar a la vida todo lo que ésta me había negado. Y conste que la lucha me gustaba.

Hizo una pausa mientras sus ojos se endurecían.

—Sí —continuó—. Amo el combate por sí mismo, pero no me gusta ver a masas de gente matándose unas a otras. Me gusta medir mis fuerzas con las de mi enemigo y vencerlo en combate noble. No hay una cosa más bella que ésa. Pero odio la guerra. Luego, aquí, en América, vi que ya no es sólo el trabajo individual el que vale, sino también la suerte y la influencia. Y aquí estamos. Casi en la misma situación.

—¿Trabaja usted? —preguntó la muchacha sin dejar de mirarlo.

—Sí. Soy mecánico y a veces logro sacar buenos sueldos. Pero no demasiado buenos, puede creerme. No lo suficiente para justificar mi estancia aquí en vez de encontrarme en Noruega. Claro que me gusta este país por lo que tiene de luchador.

Hubo un nuevo silencio. Thorwald terminó de comer y se escanció un vaso lleno de aguardiente, mientras la joven bebía un sorbo.

—Escuche, Svenson... —empezó.

—Llámeme Thorwald —dijo él—. La prima de Thora no tiene por qué gastar cumplidos conmigo.

—Está bien. Escucha. ¿Por qué mataron a Harald? Era un hombre buenísimo. Cuando yo llegué a Nueva York, a pesar de que ellos no andaban demasiado sobrados de recursos, se empeñó en que yo tenía que vivir aquí mientras encontraba trabajo. Era un marido perfecto y un padre... bueno, también perfecto. ¿Por qué lo mataron?

Era difícil eludir la franca y clara mirada de aquellos ojos azules, pero Thorwald lo hizo.

—No lo sé —replicó—. Pero encontraré a quien lo hizo.

La joven vio brillar en sus ojos aquella llama asesina y se estremeció.

—Encontraré a quien lo hizo —dijo Thorwald—, y lo mataré con mis propias manos. Harald y yo pasamos juntos los mismos peligros. Juntos estuvimos a punto de perecer bajo las balas alemanas. Juntos nos escondimos en las granjas noruegas y danesas, mientras nos perseguían hasta con perros amaestrados. Unas veces le salvé la vida yo a él, y otras me la salvó él a mí, pero siempre estuvimos juntos. Tienes razón. Era uno de los mejores hombres que han existido jamás. Por eso, lo vengaré.

—Encontrar a quien ha hecho eso, pero entregarlo a la Policía —

dijo la joven serenamente—. Si tú lo matas te sentarán en la silla eléctrica.

—No me importará mucho —respondió él encendiendo un cigarrillo y acercándose a la ventana para ver nevar en el exterior—. Después de haber vengado a Harald no me importaría demasiado el que me sentasen en la silla eléctrica.

Uno de los bebés empezó a gemir suavemente y la muchacha entró a calmarlos. Cuando salió de nuevo, se sorprendió al no ver a Thorwald. Encima de la mesa había una nota escrita apresuradamente a lápiz, con una letra grande y firme, que no parecía la de un mecánico.

«Quédate con el dinero que ha sobrado y gástalo en que ninguna de vosotras ni los mellizos carezcan de nada. Cuando se os vaya a acabar, os enviaré más y ya me lo reembolsará Thora cuando encuentre algún trabajo. Nos veremos uno de estos días. Thorwald».

La joven relejó la nota y luego, con un movimiento impulsivo, la estrechó contra su pecho, mientras sus ojos brillaban empañadamente por las lágrimas.

Míster Thimoty O. Ryan, diputado de la Cámara de Representantes, se paseaba a largos trancos por el despacho de su casa, sacudiendo la leonina cabeza céltica, coronada de una abundante mata de cabellos prematuramente blancos.

—Y si ustedes, representantes de la más inepta Policía que jamás existió en país civilizado —hablaba como si estuviera en el Congreso—, no pueden hacer nada por impedir que las personas decentes sean molestadas por granujas, chantajistas y secuestradores, tomaré para mi guardia personal y la de mi hija, la seguridad de una agencia de detectives particulares que, estoy seguro de ello, serán más eficaces que ustedes.

Hasta ahora había hablado él solo y, por tanto, no había podido oír siquiera las explicaciones del capitán Trent y del teniente Thompson, pese a los desesperados esfuerzos de éstos.

—Pero eso, señores policías, no será sin antes hacer una seria apelación en el Congreso. Todos nuestros organismos oficiales se verán en la precisión de abrir esos ojos que tan cómodamente

tienen cerrados para no ver las cosas que no les interesa ver. Sí, señor. Haré una interpelación de tal altura que la máquina policíaca se tambaleará y habrán de introducir en ella nuevos engranajes que no estén vendidos a las organizaciones de los bajos fondos del país.

—Congresista o no... —empezó el capitán Trent sumamente ofendido y poniéndose en pie—... congresista o no, señor, le voy a dar un buen mamporro si sigue diciendo que estamos vendidos. Sí, se lo daré aunque me cueste salir del Cuerpo y dos meses de cárcel.

El hombre que estaba con ellos le puso una mano en el brazo cuando el digno capitán se disponía a cumplir su amenaza y el diputado daba un par de pasos atrás, un poco asustado por la expresión belicosa del policía.

—Quieto, Trent. Así no conseguiremos nada. El señor representante tiene todo el derecho al pedir protección a la Policía.

—Bueno, que pida lo que quiera, pero que no insulte —refunfuñó Trent, sentándose de nuevo ante la mirada un poco inquieta del diputado.

—Escuche, señor —dijo el de paisano, dirigiéndose a Ryan—. Ya no es solamente la Policía la que tomará esto a su cargo. Soy el inspector Riley, del

F. B. I.

Normalmente no actuamos sino cuando el secuestro se ha cometido, pero éste es un caso especial. ¿Quiere usted decirme lo que haya?

La voz baja, educada y persuasiva del inspector pareció calmar un tanto los alborotados nervios de todos ellos. Pero antes de que Ryan pudiese contestar, la puerta se abrió y una joven vestida con un «sweter» castaño claro y unos pantalones azules, penetró en la habitación como una tromba.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó casi desde la puerta, mientras avanzaba hacia el grupo—. Papá, ¿qué pasa? El mayordomo me ha dicho que la Policía ha invadido nuestra tranquila casa y veo que no se ha equivocado. ¿Es que te has metido en líos?

Se trataba de una bonita joven de unos veinte años, de pelo rojizo y ojos azules que proclamaban a gritos su ascendencia irlandesa. Ni aun las pecas que no habían podido quitar en los institutos de belleza restaban encantos a aquella carita alargada que respiraba decisión por cada uno de sus poros.

—¿Yo? —protestó el representante muy indignado—. ¿Cómo te

atreves? Pat, esto es una cosa seria. Te ruego que te retires a tu habitación.

—Bueno, eso hubiera estado muy bien hace treinta años, pero no ahora. Lo primero, que no me retiraría. Lo segundo, que si lo hiciera sería para marcharme a bailar por ahí. Conque desembucha, viejo —añadió mirando curiosamente a los policías. Ni el semblante adusto del capitán Trent, ni la inexpresiva cara del teniente Thompson retuvieron largo rato su atención, pero luego, por fin, sus ojos se posaron más aprobadores en la cara alargada y el pelo castaño del inspector Riley. Era evidente que éste le agradaba más que los otros. Riley tendría unos treinta años y su cuerpo se mantenía derecho. En sus ojos pardos brillaba la luz de una inteligencia analítica y mordiente. No eran unos ojos muy corrientes aquéllos, no. Con un movimiento de estudiada coquetería, Patricia Ryan se atusó el corto pelo, ligeramente alborotado.

—Bueno, ¿me va a explicar alguien lo que ocurre? No puede entrar la Policía en una casa si no es porque algo ocurrió. Venga, que me lo expliquen.

Riley dirigió una mirada al atribulado rostro del padre de Patricia y éste contestó con un encogimiento de hombros que revelaba su impotencia. El hombre que, desde los bancos de la oposición había fustigado al Gobierno tantas veces, no era más que un muñeco de cera en manos de aquella pelirroja. Riley se dio cuenta, además, con una sola mirada, de que la jovencita era, bajo su capa de superficialidad, muy capaz de entender las cosas si se las explicaban.

—Alguien parece tener cierto interés en sacarle el dinero a su padre mediante un secuestro de su persona, *miss* —dijo el inspector sonriendo para quitar importancia a la cosa—. Excuso decirle que sus temores son infundados. Nada le ocurrirá a usted.

—Bueno —respondió ella dejándose caer en una silla para que los hombres se sentasen—. Mi padre tiene dinero de sobra para pagar cualquier rescate que no sea el del Agah Khan, pero a mí, personalmente, si es que algo importa mi opinión, no me agradaría servir de pato de reclamo. No, de ninguna manera. Papá, paga.

—¿Cómo? —El enfurecido diputado dio dos pasos en dirección a su hija—. ¿Cómo te atreves? —repitió—. Vete a tu... bueno, vete con cien mil pares de demonios encadenados —se santiguó—. Que

Dios me perdone, pero a veces me sacas de quicio con tus frivolidades. Esto no es para mujeres.

La joven se levantó y le puso la mano en un brazo.

—Hablabas en broma, papá. No quiero que des ni un centavo. Estoy segura de que la Policía sabrá guardarme. Además, no hay ningún peligro. Los chicos con los que salgo a veces son buenos muchachos y ninguno de ellos vacilarla en darle una paliza a cualquier individuo que me pusiera mala cara en la calle. Los hay campeones de

«base-ball»

—añadió con orgullo mirando al inspector Riley.

—También yo lo he sido —dijo éste encendiendo la pipa que acababa de atacar.

—¿Cuántas vueltas seguidas? —preguntó ella rápidamente, brillándole los ojos.

—Tres.

—¿Dónde? —las preguntas y las respuestas se sucedían, relampagueantes.

—En Quantico, Virginia.

—¡Ah! —suspiró ella—. Ya sé dónde cae eso. Usted es un «G-Man»

—añadió acusadoramente.

Riley, sonrió.

—Así nos llaman, *miss*. Le dije esto porque el hombre más fuerte se encuentra desarmado ante la boca de una pistola. Y no quiero creer que vaya usted a estar en ese peligro, pero bueno es precaverse. No me gustaría que la cogieran.

El diputado Ryan sacó violentamente un papel de entre los muchos que llenaban su buró y se lo tendió a Riley.

—Mire, esto es.

Riley lo leyó rápidamente para sí y luego volvió a hacerlo en voz alta.

«Estimado míster Riley; Quinientos mil dólares no harán tambalearse el bien montado engranaje de sus negocios. En realidad, me he asegurado de ello bien, esa cantidad sería una bagatela para usted, una verdadera bagatela si se compara con la seguridad de

su hija. De no depositar esa cantidad en el sitio que nosotros le indicaríamos, usted no volvería a ver a la muchacha. Firmado:...».

El capitán Trent, el teniente Thompson y la jovencita se inclinaron sobre el hombro del inspector federal para ver la firma que él no había nombrado. No había tal firma. En su lugar, en tinta roja, procedente de algún sello de caucho, había la cara de un felino, que bien podía ser un tigre o un leopardo, porque no había rayas ni redondeles en ella. Únicamente la cara, con los largos bigotes y los ojos de rendija, y las fauces abiertas para rugir o devorar. Eso era todo.

—Hummm... —empezó Patricia—. Ésas son las cosas que ocurren en las películas, pero no en la realidad. Papá, algún miembro de la cámara es amigo de gastar bromas.

—Es la primera vez en mi vida que sé de secuestradores que avisen antes de haber actuado —dijo el capitán Trent, rascándose la calva con furia—. Sí, señor, la primera vez en mi vida y llevo treinta y cinco años en la Policía. Que no es grano de anís. También yo me inclino a pensar en una broma.

—Lo cual no es óbice para que, pese a sus treinta y tantos años de servicio, esto haya ocurrido por esta vez —le contestó con la indignación a tres atmósferas el diputado—. Si la Policía es incapaz de...

—No empiece, por favor, míster Ryan —intervino el inspector Riley—. A nada nos conducirá el reprocharnos unos a otros. Su hija, desde ahora, tendrá la protección de la Policía y de la Oficina Federal. Espero que esto le tranquilice a usted. Yo mismo, personalmente, me encargaré de su salvaguardia.

—Confío en el

F. B. I.

—dijo magnánimamente el diputado—, pero no en la Policía. En sus manos está la seguridad de mi hija, inspector —añadió con ampulosidad.

La joven soltó la carcajada.

—¿De manera que ahora tendré que llevar escolta a todas partes? Inspector, ¿cuánto gana usted en el gobierno?

La cara del joven se coloreó un tanto, pero su voz era firme

cuando contestó:

—Poco, señorita, pero eso no importa ahora.

—Oh, ya lo creo que importa. ¿Sabe usted a cuánto asciende la cuenta que pagó mi último acompañante por una cena en «De Pablo»?

La cara del inspector se coloreó más intensamente, mientras los policías miraban a otro lado, molestos por la confusión de su compañero.

—Pues... —empezó la joven sin hacer caso de la llamada al orden de su padre que la miraba con intenciones asesinas—... pues pagó quinientos dólares. ¿No está mal, eh? Supongo que...

—Cuando usted vaya a esos sitios, señorita —contestó el otro fríamente—, yo me quedaré en la puerta, desde donde pueda verla y nada más. Quizá me extienda hasta tomar un vaso de limonada. Y tenga la bondad de no pretender escapar a mi vigilancia. Ello sería... completamente inútil.

La lección estaba dada. El inspector del

F. B. I.,

se levantó de la silla y se dirigió a la salida, seguido por ambos oficiales de Policía. La cara de la joven se había puesto ligeramente pálida, pero ya no replicó. Un momento después, los tres hombres habían salido.

Ryan se quedó mirando a su hija con aquella frialdad que tan bien conocían sus enemigos en la Cámara.

—Si estuviésemos en Irlanda, de donde yo salí hace cuarenta años —le dijo reprimidamente—. Te azotaría hasta que se me cansase la mano. Ese hombre no hacía más que cumplir con su deber y lo has humillado de manera indigna de una fama de hija de un caballero.

—Quería ver cómo reaccionaba —se quejó ella—. ¿Qué hay de malo en eso? Que no se crea que porque ganó tres vueltas seguidas podría indicarme a mí, a mí lo que hay que hacer. No es que a mí me importe demasiado comer en «De Pablo» o en otro sitio cualquiera, pero no quiero que se imagine cosas, con ese aire de superioridad que gasta.

—Vete de aquí —le dijo el padre extendiendo el brazo—. ¡Largo de aquí! —le gritó, olvidándose de que, veinte años atrás, cuando empezó a ganar dinero, había empezado a perder la costumbre de

comportarse como un campesino irlandés. La joven sabía cuándo había llegado su padre al límite de su paciencia, y sabía también que no convenía hacer que rebasase ese límite. Con pasos apresurados, que trataba de hacer lo más dignos posible, salió de la habitación.

Míster Ryan se secó el sudor de la amplia frente y se dirigió hacia un abigarrado bargueño que ocupaba uno de los testers del despacho. Después de dirigir una mirada a su alrededor para cerciorarse de que ningún criado podía verlo, sacó del mueble una botella y un vaso y se sirvió una generosa ración. Después chasqueó la lengua. Delante de sus compañeros diputados y de sus invitados, no bebía más que «Cid Canadian», pero cuando estaba a solas le gustaba echar unos tragos de buen «*whisky*» de centeno, fuerte, que abrasaba la garganta. Eso era lo que había bebido hasta que viniera a los Estados Unidos, y había nacido bebiéndolo, porque su madre no desdeñaba un trinquis a cualquiera hora del día. Luego, apartando todo de su mente, se dedicó a pensar en la próxima interpelación que haría en la Cámara.



III



L restaurante «De Pablo» lanzaba chorros de luz sobre la mojada acera cada vez que sus puertas, doubles, se abrían para dejar pasar o entrar a algún parroquiano. Un galoneado portero, que se daba más importancia que un mariscal de Campo, era el encargado de mirar con frialdad a los clientes que no aparentaban tener una cuenta corriente de más de un millón de dólares en el banco. Pero ahora, la nieve que no dejaba de caer habíale constreñido a meterse dentro. Las gigantescas máquinas tragaderas de nieve avanzaban Quinta Avenida arriba, devorando la fría substancia y lanzándola, convertida en chorros de agua caliente, sobre las aceras.

El automóvil, un «Issota Fraschini», por el que no habría pagado el diputado Ryan menos de dieciocho mil dólares, se detuvo tan silenciosamente ante el bordillo, como si fuera un fantasma. El

portero, desde el otro lado de la puerta giratoria, conoció la forma del coche, de morro muy alargado y reducido radiador y se precipitó hacia afuera. Las propinas de *miss* Ryan eran célebres en un sitio en el que la clientela no era nada tacaña. Las de ella y las de sus acompañantes.

La muchacha se bajó del coche, que había venido conduciendo ella misma y, protegida por la gigantesca sombrilla del portero, cruzó la puerta. Al mismo tiempo, un coche negro, cerrado, se detuvo cerca, pero nadie bajó de él. Los dos hombres que iban en el interior, encendieron sus cigarrillos y acercaron los pies al motor, en busca del calor que pudiera proporcionarles éste.

—Y ahora a esperar a que esa niña mimada le dé la gana salir —dijo el capitán Trent con un gruñido—. Con lo bien que estaría yo en mi casa, con mis chicos y mi mujer. Las Navidades pasadas me ocurrió lo mismo. Tuve que andar persiguiendo a un maniático que se había imaginado ser Herodes y andaba por ahí tratando de matar niños. Dígame si no es para maldecir de mi perra suerte.

Tom Riley sonrió en la sombra.

—Váyase a casa, Trent. Yo sólo puedo ocuparme de esto.

En las pupilas del capitán brilló una lucecita.

—¿De veras haría eso por mí, Riley? Ya sabe, los que somos casados... El hogar siempre tira en una noche como esta...

—Ande, váyase y no se ponga sentimental. No le prueba, con ese uniforme.

Trent abrió la portezuela.

—Ya sabe que Thompson estará toda la noche de guardia. Una llamada y lo tiene aquí o en cualquier sitio en menos de diez minutos. Y gracias, Riley, es usted condenadamente decente.

Se marchó, por fin. Riley encendió otro cigarrillo y se puso a pensar en la muchacha que en ese momento estaría divirtiéndose allá dentro. No era exactamente verdad lo que le dijo a ella por la tarde de que su sueldo era escaso. El Tío Sam no era tacaño, pero además, había omitido añadir que su fortuna personal, sino para permitirle comprar todos los días un collar de perlas, al menos daba para permitirse ciertos lujos. Pero la postura de la niñita lo había fastidiado bastante. Y estaba decidido a darle una lección en la primera ocasión.

Vio cómo se detenían varios coches a la puerta de «De Pablo»,

todos ellos particulares. Luego, vio el primer «taxi». De él se apeó un hombre que le era vagamente conocido. Es decir, vagamente, a causa de la distancia y de la poca luz. Pero, cuando ya el otro había transpuesto la puerta giratoria, recordó de pronto.

«Anda, si es el noruego aquel... ¿cómo diablos se llamaba? Johnson, Yonsen... Svenson, eso es. Es el viejo Svenson. Veo que ha prosperado. No todos pueden permitirse el lujo de venir a “De Pablo” aunque no sea más que para tomar un trago».

Sus pensamientos volvieron a girar en zarabanda, y siempre aparecía en medio de ellos la belleza provocativa y pelirroja de Pat Ryan. ¡Maldita fuera! No podía apartarla ni un momento. En cierta ocasión estuvo tentado a entrar en el restaurante, pero un resto de orgullo se lo impidió. No fuera a creer ella que se había gastado el sueldo de dos meses nada más que por verla.

Thorwald Svenson sostuvo la mirada del portero. No iba vestido de etiqueta y ése era un detalle que jamás perdonaba aquel imponente personaje. Catalogaba a las personas por sus propinas y por su calidad de las ropas que llevaban. Ni aun el chasco que se llevó una vez, cuando el profesor Einstein entró allí dentro de sus flotantes y mal cortadas ropas, y no lo quiso dejar pasar, sirvió para curarle de esa manía. Claro que en aquella ocasión su estupidez estuvo a punto de costarle el puesto, porque Pablo era un judío sefardita y había oído hablar de Alberto Einstein, mientras que él no.

—¿Ocurre algo en mi cara? —preguntó Thorwald de pronto, parándose y mirándolo fijamente. Algo en su rostro le avisó al portero de lo poco conveniente que sería hacer uno solo de sus gestos de disimulado desprecio.

—No, señor —dijo.

—Pues no vuelva a mirarme así. No me gusta —y pasó dentro.

Atravesó por entre las mesas, hasta encontrarse al lado de la pista de baile, en el momento en que un potente foco se encendía en alguna parte y las luces se atenuaban para dar comienzo al espectáculo nocturno. Aquello estaba lleno de gente, de la que se desprendía a oleadas el perfume francés y el aroma de los cigarrillos egipcios. Giró la vista en torno suyo y por fin descubrió a quien buscaba.

A pasos rápidos, con un leve «perdón» cuando tropezó con una

silla, avanzó hacia el fondo, donde una especie de minúscula barra, servía para colocarse en ella el dueño del restaurante mientras vigilaba la marcha del negocio.

De Pablo era un sefardita de tez levemente bronceada y pelo liso, negro. Era un hombre de gran atractivo, frío, correcto y distante siempre. Pero amigo de sus amigos hasta la última gota de sangre. Sus ojos observaron a la alta figura que se aproximaba rápidamente y algo destello en ellos.

En silencio se tendieron las manos, mientras la orquesta de Billy Kanak preludiaba una pegajosa sucesión de graznidos de saxófono, de aullar de trompetas y crascitar de ukeleles.

—Me alegro de verte de nuevo —dijo De Pablo. Había nacido en Grecia y cuando la ocupación alemana marchó a Creta, donde se unió a los ingleses. Estando en el VIII ejército británico fue cuando conoció, en Libia, al sargento Thorwald Svenson.

—También yo. Pero hubiera preferido verte en algún otro lugar. No me gusta demasiado el lujo que se respira por aquí. Me acuerdo de cuando pasábamos hambre y frío.

—Todo es acostumbrarse, Thor. Yo apenas me acuerdo de aquellos tiempos. Cenarás aquí, conmigo.

Thorwald lanzó una mirada circular. Luego se quedó mirando a una muchacha que estaba sola, sorbiendo lentamente un «cocktail».

—Me parece que la conozco. ¿No es...?

—La hija de un diputado de los más furibundos que he conocido —dijo De Pablo sonriendo—. Solicitada por ciento cincuenta pimpllos de la alta sociedad neoyorquina a pesar de que sus antepasados no vinieron en el Mayflower, sino en tercera y procedentes de un turbal irlandés. Pero hay que reconocer que la chica es guapa, muy guapa.

—Preséntamela.

—Creí que querrías charlar un rato conmigo —dijo De Pablo un poco mortificado—. Después de todo, hace cinco años que no nos vemos.

—Tengo intención de venir por aquí muchas veces, si es que tu portero no me echa. Pero te advierto que trabajo como mecánico y no gano lo suficiente para pagarme un «cocktail».

—No te preocupes por eso —respondió el propietario echando una discreta ojeada a su traje—. Ese terno no es de confección,

Querido. Soy especialista en esas cosas.

—Es que me lo regaló un cliente. Y como me venía bien, me quedé con él —respondió Thor con desenvoltura. El otro movió la cabeza de un lado a otro.

—Me gustaría hablar contigo un rato.

—Preséntame a esa chica.

De Pablo se encogió de hombros y avanzó hacia la mesa donde se hallaba Pat Ryan, en el momento en que un joven vestido de etiqueta se aproximaba por el otro lado. Los tres confluyeron exactamente al mismo tiempo ante la muchacha.

—*Mademoiselle* —dijo De Pablo que jamás se olvidaba de dar este tratamiento a las americanas, porque sabía que enloquecían por oírse llamar así—. Quisiera tener el gusto de presentarle a un viejo amigo mío. Mister Thorwald Svenson, *miss* Ryan.

Thorwald cogió entre la suya velluda y grande, de dedos largos y finos, la manita de ella e inclinó un poco la cabeza al modo europeo al estrechársela. La joven lo miró con franca aprobación retratada en los azules ojos. Entre tanto, el joven de etiqueta se mantenía sucesivamente sobre ambos pies, como si estuviera violento por todo aquello.

—Mucho gusto —dijo la joven—. Hola, Stanley. Puedes sentarte. Te presento al señor...

—Svenson.

—Ése no es nombre inglés.

—Pero suena bien, ¿puedo sentarme, señorita?

Ninguna muchacha en su sano juicio hubiera dicho no ante la petición de Thorwald. Tenía una manera de sonreír que su fea cara sufría una transformación radical. A su habitual atractivo se unía otro que le hacía más irresistible. Ella se limitó a inclinar la cabeza afirmativamente, incapaz de hablar.

De Pablo tuvo una sonrisa un poco sarcástica viendo el desconcierto de la joven y de Stanley. Este último dijo vagamente que tenía que ver a alguien y desapareció de la circulación, completamente convencido de que ya nada le quedaba por hacer allí.

—¿Ha pedido usted la cena? —preguntó Thorwald sonriendo de nuevo.

—S-s-s-s-sí —pudo articular ella.

—Pues ordene que no la sirvan. Voy a llevarla a usted a un sitio donde saboreará los mejores macarrones que haya podido comer en su vida. «De Pablo» es demasiado caro para mí.

—Puedo invitarte —dijo el dueño un poco ofendido. No sabía exactamente qué, pero Thorwald se traía algo entre manos. De sobra recordaba él cuando proyectaba alguna salida arriesgada y no quería que se enterasen sus jefes, cómo se comportaba durante la guerra. Parecía totalmente un gato que va a zamparse al canario.

—La señorita viene conmigo —respondió Thorwald sin dejar de sonreír—. No me opondré a que nos invites mañana. ¿Qué dice usted?

La joven movió la cabeza negativamente, recordando que era ella la que daba las órdenes, y no los que la acompañaban. Sólo que le costaba mucho trabajo decir que no.

—Estoy comprometida para cenar con... míster Stanley —dijo por fin—. Lo siento, pero no podrá ser hoy.

Thorwald movió la cabeza de un lado a otro, como buscando al desaparecido míster Stanley. Este movimiento indicaba tal perfecta ignorancia de los demás seres humanos, que la joven no pudo por menos de sonreírse. Aquello era un hombre.

—¡Vamos, vamos! —protestó él—. No sea tonta. Venga a comer donde yo le digo. Una orquesta de auténticos gitanos húngaros tocan el violín con sordina cerca de nuestros oídos. En cambio, todo esto es falsificado, puramente falsificado.

Patricia estuvo a punto de aceptar, pero le daba un poco de miedo la insistencia del otro.

—He de estar en casa temprano. Mi padre no me perdonaría que un día como éste volviese tarde.

—Pues, entonces, vayamos a ese sitio. Le prometo dejarla en casa a las once en punto. Mire, son las nueve.

La joven dirigió una mirada a De Pablo, y éste sonrió.

—Mi amigo es de toda confianza, *madeimoselle*. Puede usted ir con toda tranquilidad con él. Nada le ocurrirá, si es eso lo que teme.

—No temo nada —protestó ella. Pero se quedó más tranquila.

Un momento después, ambos cruzaban el salón mientras el propietario sonreía.

«¿Qué diablos querrá este buen viejo Thor? —pensó—. Jamás le vi hacer tantos esfuerzos por conquistar a una mujer. Solían ser

ellas las que lo intentaban siempre».

El inspector Riley, del

F. B. I.,

vio salir a la pareja y acercó su mano al freno, ya que había dejado el motor en marcha. Sintió una súbita sensación de furia al ver que la joven salía con aquel hombre. Lo había conocido en África del Norte, cuando los ejércitos americanos y británicos se unieron en Túnez, y habían entrado varias veces en combate juntos. También a él le constaba el poderoso atractivo viril del escandinavo. Este atractivo hacía que cuando entraban en algún cafetín moro o francés, las mujeres no tuvieran ojos más que para él. Y ahora, aquella muchacha.

Vio cómo arrancaba el «Issota Fraschini», y lo siguió. El coche que él conducía, un «Dodge» de cuarenta caballos, no podría competir con el automóvil italiano en una carretera abierta, pero sí en la ciudad, donde hay un límite de velocidad. Así, pues, no tenía más que seguirlo.

Y lo siguió hasta Greenwich. En la calle Perry paró ante un restaurante húngaro, y esta vez sí decidió entrar él mismo. Cuando vio que los demás desaparecían echó la llave a su propio automóvil y entró en el establecimiento. Al instante, un gordo camarero, con unos bigotes que le llegaban casi al pecho, le hizo una reverencia. Aquello olía a «paprika», la ferozmente picante a rabiar salsa húngara. Tuvo que contener las lágrimas, que pugnaban por brotarle de los ojos.

Ya no estaban allí los dos jóvenes, y esto le preocupó.

—¿Dónde están el caballero y la señorita que han entrado antes que yo? —preguntó al camarero.

Éste hizo un expresivo gesto.

—¡Oh, señor! Seguramente que ellos prefieren cenar en la intimidad. «Pan» Svenson es muy conocido aquí.

—No me importa si es o no conocido, amigo. Quiero saber dónde están.

—En un reservado, «pan».

—Dígame en cuál.

El húngaro, respirando indignación por todos sus poros, le guió hasta el final del salón. Había allí varias puertas, de las que salían voces y risas. El camarero llamó discretamente a una de ellas y se

apartó para dejar paso a Riley.

Allí estaban. El reservado era, en realidad, un cuartito separado del siguiente por un biombo. El restaurante era un lugar perfectamente honorable. Los dos que ocupaban el cuartito levantaron la vista, pero... «ninguno de ellos era el que andaba él buscando».

—Dispensen —dijo, y se volvió al camarero—. No eran éstos. Digo el caballero tan alto que entró hace un momento y la señorita rubia que le acompañaba. ¿Acaso no entiende el inglés?

—Ésos, salieron —dijo el camarero, muy convencido.

—¿Que salieron? —preguntó incrédulamente Riley—. Escuche, amigo: ésta no es ocasión para bromas —le enseñó la placa, y agregó—: Ellos no han salido, porque los hubiera visto yo. ¡No me mienta!

—Pero si no miento, «pan»... Salieron por la puerta trasera. Dijeron que querían gastar una broma a quien los perseguía... ¿Es posible, «pan», que sean...?

—¡Oh, váyase al infierno! —gritó Riley—. ¡Vamos, lléveme a la puerta trasera! ¡Pronto, besugo!

El camarero corrió ante él por un largo pasillo a cuyos lados se abrían los reservados, dobló un recodo, un vestíbulo y le señaló la puerta. Efectivamente, el cerrojo estaba descorrido. Riley se precipitó a abrir, y lo hizo con tanta fuerza, que el cuerpo apoyado al otro lado del panel le cayó encima. Y el cuerpo era tan pesado, que lo derribó al suelo. Pero no tuvo necesidad de mirarlo dos veces para saber que había encontrado a Thorwald Svenson.

Alguien había golpeado sañudamente al escandinavo en la sien, y no lo habían hecho con una matraca, sino seguramente con el cañón de un revólver o una pistola, porque de la herida brotaba un tenue canalillo de sangre. Riley se puso en pie con un salto de tigre y se precipitó al exterior.

La puerta daba a lo que los franceses llaman un «*impasse*», es decir, una callecita ciega, sin salida. No había nadie en la calle, tenuemente iluminada por un reverbero. Nadie.

Con una repentina sensación de fracaso y de desesperanza, Riley volvió hacia donde estaba el cuerpo del escandinavo. El camarero se había arrodillado junto a él y le pasaba por la frente el paño, humedecido en el agua de una canilla cercana. En aquel momento,

Thorwald, dotado de una vitalidad tremenda, abrió los ojos y trató de fijarlos en lo que le rodeaba.

—¿Quién te atacó? —preguntó ansiosamente el agente del F. B. I.

—. ¡Vamos, responde! ¿Quién te atacó? ¿Y la joven que te acompañaba?

—Me golpearon por la espalda —dijo Thorwald, mirando fijamente la cara de Riley—. Conozco esa cara... —dijo de pronto

—. Tú eres el americano aquel de África del Norte, Riley.

—El mismo; pero, por lo que más quieras, ¿no viste nada? Se han llevado a la muchacha.

El noruego dio un respingo.

—¿Que se la han llevado? —preguntó, pasándose la mano por la nuca y haciendo gesto de dolor—. Pero si... yo no sé sino que me golpearon con algo duro y caí hacia adelante.

Riley no le escuchaba. Había sacado un silbato del bolsillo y lanzó tres agudos pitidos. Al cabo de unos momentos, la elevada silueta de un policía patrullero apareció en la boca del «*Impasse*».

—¡Un coche en el que llevan a una muchacha, seguramente desmayada o a la fuerza! —rugió Riley—. ¡Dé aviso, hombre, no se quede ahí parado como un tonto!

El policía partió a la carrera. Al cabo de cinco segundos, un buen número de policías sabían ya que tenían que perseguir a... ¿quién?

Riley telefoneó personalmente a Center Street y luego se volvió a Thorwald.

—¡Buena la habéis hecho la chica ésa y tú! —dijo, fríamente furioso—. ¿De qué diablos corríais? ¿Por qué teníais que ocultaros o tratar de escapar por la puerta trasera?

Thorwald irguió su gigantesca estatura. Parecía que el efecto del golpe se le había pasado ya por completo.

—No me gusta que nadie se mezcle en mis diversiones, y te vi a ti perseguirnos con un coche. Si te hubieses atrevido a interrumpirnos te habría dado un buen mamporro en la nariz. ¿Qué diablos hacías siguiendo al coche de la chica? Eres un policía, ¿no?

—Del

F. B. I.

—dijo Riley, enseñándole la placa—. Por si no lo sabes, habían amenazado con secuestrar a esa muchacha, y ella estaba bajo mi

custodia personal.

—Pues no se te dio del todo bien. Debías haber estado constantemente con ella.

Riley cerró los puños con rabia y pareció que por un momento iba a golpear al otro, pero haciendo un esfuerzo se contuvo. Era más que probable que Thorwald le contestase, y entonces tendría que arrestarlo. No, más valía dejarlo.

—Dale tu dirección a ese policía —dijo—. Y procura, si se te llama, como seguramente harán, presentarte enseguida.

—Claro que sí. Siento lo de la muchacha, pero yo no sabía nada.

—Lo sé. Alguna culpa tuve yo también.

Hubo un silencio mientras ambos salían del restaurante húngaro y se encaminaban hacia el coche del agente del

F. B. I.

Éste iba cabizbajo, pensando en el peligro que podría correr aquella independiente chicuela y en la forma en que tendría que explicarle al diputado Ryan que le habían raptado la hija. Sudores fríos le humedecían la frente cada vez que pensaba en cómo recibiría el viejo la noticia.

La nieve se arremolinaba en el aire y azotaba los rostros con fuerza. Thorwald expuso la cara a aquellos copos fríos con una expresión de intensa delicia. ¡Ah, aquello era como en su Noruega, cuando el viento del Norte helaba los lagos y los ríos! Inconscientemente, el frío le recordó a Hilde Halvorson, prima de Thora. No podía imaginarse a aquella muchacha en un clima cálido. Había de ser así, con nieve en su blanco rostro y el viento jugueteando con los rubios cabellos.

Riley se metió en el coche y puso en marcha el motor.

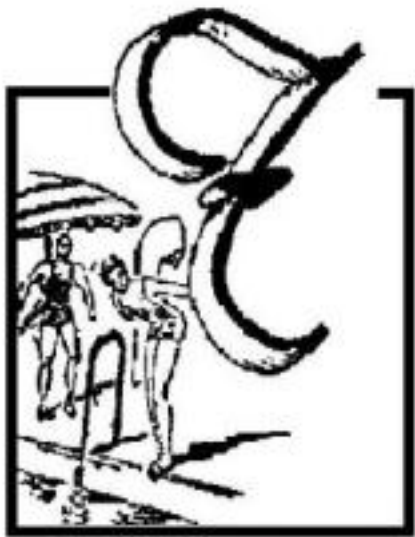
—¿Puedo llevarte a alguna parte? —preguntó.

—No —contestó Thorwald—. Prefiero ir andando. Lo siento, viejo.

Quando el coche arrancó le echó una mirada, y una sonrisa apareció en su boca. ¡Ah, aquel viejo Riley, al que conociera en el Ejército americano! Y le invadió la consciencia de su propia astucia.



IV



HORWALD se encaminó a su casa, y cuando abrió la puerta de su departamento vio un papel en el suelo. Una mano firme había escrito sobre él las siguientes palabras con letra fina y perfilada:

«Lo siento, pero no puedo hacer reaccionar a Thora. Yo creo que se trata del corazón. He llamado al médico, pero quisiera que viniera usted. Siento molestarle de nuevo. —Hilde».

Se echó el papel al bolsillo y salió corriendo. Al llegar abajo buscó un taxi, pero la abundante nevada estaba impidiendo el tráfico aquella noche. Únicamente las máquinas limpiadoras continuaban imperturbables su trabajo para que pudieran pasar las ambulancias en caso de necesidad, y a las puertas de los hospitales

se arremolinaban los voluntarios para tenerlas limpias. Es en estas ocasiones cuando se pone de manifiesto la potencia de la ciudad alta. Ningún servicio importante es interrumpido, y las clínicas de urgencia y los hospitales funcionan con toda normalidad.

Thorwald no perdió el tiempo. Echó a correr rítmicamente, a grandes y fáciles zancadas. La nieve, que para otros sería un peligro, no lo era para el hijo de Noruega, que había nacido casi subido en unos esquís o un par de raquetas o patines de hielo.

Tardó un cuarto de hora en llegar a casa de Thora, y lo hizo sin dejar de correr. Cuando paró ante la puerta, su respiración apenas estaba agitada, Los pulmones de aquel gigante eran dos verdaderos fuelles que funcionaban a la perfección.

Subió los escalones de tres en tres y abrió de un empujón la puerta del departamento. Lo primero que llegó a sus oídos fue el suave lamento de uno de los mellizos, y luego, unas palabras que salían de la boca de Hilde.

Thora estaba en el lecho, con el rubio y sedoso cabello extendido sobre la almohada como una aureola. A su lado, un hombre alto, con lentes de pinza, le tomaba el pulso ansiosamente. Al otro lado de la cama, Hilde Halvorson tenía en brazos a uno de los bebés.

—¿Vive? —preguntó Thorwald.

—Aún sí —dijo el médico, volviéndose hacia él—. Pero no durará mucho. Esta última es la segunda de aceite alcanforado, y ya le puse una de cafeína. No me atrevo a más. Si se reanima un poco con ésta, me la llevaré al hospital. Así no me atrevo ni a moverla.

No se reanimó. Thorwald se aproximó a Hilde y le cogió el niño, al que contempló un momento. El pequeño le cogió la nariz con ambas manos y dejó de llorar para iniciar una sonrisa. Algo en Thorwald, un olor especial quizá, hacía que los mellizos se sintiesen perfectamente a gusto con él.

—No sabía que estuvieran enferma del corazón —dijo Hilde en voz baja, y había lágrimas en sus ojos.

—Yo, sí; pero pensé que había soportado mejor el golpe.

—¿Qué va a ser de los niños, si muere? —preguntó la joven—. Yo podría hacerme cargo de ellos si tuviese trabajo. Lo haría con mucho gusto, pero ahora no puedo darles lo que necesitan.

—Los niños no pasarán necesidad de nada —dijo Thorwald bruscamente—. Al menos, mientras yo pueda trabajar.

De pronto entró algo en la habitación. Algo impalpable, pero todos lo sintieron perfectamente. Fue como si de pronto una ventana se hubiera abierto y un soplo de la frialdad exterior hubiese entrado. Pero no se había abierto ninguna ventana. Una mano fría como el hielo había tocado el pecho de Thora Mattisson. El bebé que reposaba risueño en brazos de Thorwald dejó escapar de pronto un gemido y se puso a llorar casi sin ruido. Hilde se dejó caer de rodillas al lado de la cama y tomó entre las suyas una de las manos de la muerta, mientras el doctor le aplicaba inútilmente el estetoscopio al blanco pecho. Se quitó el aparato y movió la cabeza:

—Lo siento —dijo—. Nada hay que hacer.

Cuando se hubo marchado el doctor, ambos jóvenes se miraron.

—¿Se atreve usted a quedarse con los niños si yo le proporciono el dinero necesario para ello? —preguntó—. No necesita buscar trabajo, porque bastante le darán estos diablillos.

La joven enrojeció.

—No puedo pasarme la vida viviendo a su costa —dijo—. Después de todo, usted depende de un sueldo, y...

—¡Pamplinas! —dijo él bruscamente—. Quédese con los bebés por lo menos hasta que pensemos lo que hemos de hacer.

Miró a la muerta, y algo, lo más parecido a la emoción que había demostrado jamás aquel hombre, cruzó por sus ojos.

—Jamás alguien pudo hacer tanto daño con menos motivo —dijo.

La joven levantó la cabeza y se secó las lágrimas.

—Usted sabe quién lo mató —dijo dulcemente.

Él la miró con atención y como calibrándola.

—Sí —dijo por fin—. Sé quién lo mató, y sé también cómo morirá quien lo hizo.

—Él no era comisionista —siguió diciendo la muchacha—. Hace algún tiempo que lo sospechaba. No me importa que haya hecho lo que sea, porque era una bellísima persona; pero estoy segura de que su trabajo rozaba el borde de la ley. Y usted tampoco es mecánico —le cogió una mano y se la enseñó—. Ni grasa ni callosidades.

Thorwald retiró la mano con un poco de brusquedad.

—Bien, no lo soy; ni él tampoco era comisionista. ¿Cambia en algo la situación por ello?

Viendo que los ojos de la joven se llenaban de nuevo de

lágrimas, dulcificó su acento.

—Escucha, Hilda. Algún día lo sabrás todo, y también por qué mataron a este pobre hombre, que jamás hizo daño a nadie.

—Espero que sea así —dijo ella—. No quiero meterme donde nadie me llamó, pero no me gustaría verte... bueno, como Harald.

Thorwald rió roncamente. Luego depositó al pequeño en la cama, junto a su hermanito, y puso la sábana sobre la cara de la muerta.

—Voy a ocuparme del entierro —dijo.

La joven sintió unas náuseas atroces en el mismo momento en que sus sentidos empezaban a resucitar. Había sido operada de apendicitis cuando era pequeña, pero aún recordaba perfectamente el porqué de aquellas náuseas. Las había sentido iguales cuando, en aquella ocasión, le aplicaron el cloroformo.

Luchó por contener las bascas y giró los ojos a su alrededor. Aún no podía comprender bien qué era lo que le había pasado, pero la presencia del cloroformo le daba a entender que alguien había intentado...

Bruscamente se hizo la luz en su cerebro. Las cartas que había recibido su padre, la presencia de los policías, la compañía de aquel agente del

F. B. I.

Y luego, el hombre alto, aquel que tenía un apellido escandinavo... Luego, la huida por un pasillo bastante oscuro, entre risas, y, por fin, nada. La nada que había caído sobre ella.

Sus ojos, con un poco menos de vaguedad, fueron fijándose en los objetos que la rodeaban. Estaba en una habitación rectangular, tendida sobre una cama cuya cabecera se apoyaba en uno de los testers. Una silla de madera era el otro único mueble que había allí. Ni un espejo donde mirarse, ni un cuadro; nada en absoluto. La práctica más puritana había amueblado aquella habitación.

Había caído en poder de los secuestradores, pensó sin estremecerse, porque realmente aquella idea todavía no se le presentaba perfectamente clara. Sólo podía repetírsela una y otra vez, pero aún no había podido penetrar hasta sus más recónditas fibras para producirle temor. Además, había heredado de su padre la bravura irlandesa. Muchas veces había dicho el diputado, en

broma, que un irlandés no teme más que a los fantasmas y a otro irlandés.

Se incorporó en la cama hasta quedar sentada. No estaba atada. Sus manos y sus pies se encontraban perfectamente libres de ligaduras, y ella, que había leído muchos libros policíacos, se extrañó. Pero su asombro subió de punto al ver que le habían quitado los zapatos.

—¿Para qué? —preguntó en voz alta, y fue ahora cuando la idea empezó a abrirse paso en su mente. No la habían atado; pero, en cambio, la habían dejado descalza.

La puerta se abrió silenciosamente y vio una cara que la retrotrajo instantáneamente al momento en que la cloroformizaron, porque era la última que viera antes de perder el conocimiento. El hombre entró en la habitación y se la quedó mirando con una ligera sonrisa en sus finos labios.

Ella pensó que, en realidad, jamás había visto semejante apostura en un hombre. No solamente porque fuese muy alto, sino por la anchura de sus hombros y los fuertes músculos que se le notaban aun debajo de la tela de las mangas del traje. Había algo en él que le hacía pensar a uno inconscientemente en un animal salvaje presto para el salto. Un felino o algo así.

—¿Se siente mejor? —preguntó.

La joven distaba mucho de sentirse bien, y a ello se unía ahora el asombro que le producía ver allí a aquel hombre. Al principio pensó si es que lo habían secuestrado a él, pero le bastó ver la libertad de sus movimientos para comprender que no. Luego... no podía ser más que una cosa.

—Me hizo usted caer en la trampa, ¿no es así? —preguntó en voz baja.

Él sonrió alegremente.

—Sí —dijo con desfachatez—. Y debo confesar que no me dio gran trabajo. Delante de las mismas narices de la Policía federal hice que la cloroformizaran a usted y se la llevaran en un auto.

—¿Por qué hizo eso? —preguntó ella, fijando en él la límpida mirada de sus ojos azules—. ¿Por qué lo hizo?

—Por dinero. Su rescate será como el de una reina, y la parte que en ello me corresponderá a mí me permitirá vivir mucho tiempo, y... bien.

Las lágrimas empezaron de pronto a fluir de los ojos de la joven. Las advertencias de su padre, la manera como zahirió al inspector del

F. B. I.;

todo había conducido a esta situación absurda. Su padre tendría que pagar una gran cantidad de dinero a aquellos bandidos, y probablemente no se lo perdonarla nunca. La niña mal criada había coronado su independencia.

—¿Por qué llora? —preguntó Thorwald, acercándose a ella—. Nada le ocurrirá, porque su padre pagará. ¿O cree que no lo hará?

Le había puesto la mano en el hombro, pero ella se apartó como si la hubiese tocado un áspid.

—¡No me toque! —gritó—. ¡Es usted un miserable!... Mi padre le hará pagar a usted lo que me ha hecho.

—Aún no la hicimos nada, ni se lo haremos si su padre paga. Y no hable como las heroínas de los folletines franceses del siglo XIX, por favor. No le va.

La muchacha le volvió la espalda con un gesto lleno de dignidad. La carcajada de él resonó en toda la habitación como el rugido de un león en el «veldt».

—No sea estúpida —le dijo—. Probablemente, mañana a estas horas estará usted otra vez con su padre. Procure ser buena.

Thorwald dio media vuelta y salió de la pieza. En la antesala había dos hombres jugando a las cartas. Uno de ellos era el polaco Pajalsky.

—Vigilad bien. Ahí dentro están guardados quinientos mil dólares.

Los otros sonrieron, y Pajalsky echó cartas.

—¿No quieres jugar? —preguntó.

—No; me voy a dormir un rato. Recordadlo. Si el jefe llama, me despertáis.

El jefe llamó. No había hecho más que echarse en la cama cuando el polaco vino a sacarle de ella. Thorwald se dirigió al teléfono. Aquella voz tan conocida llegó inmediatamente a sus oídos:

—Svenson, va a hacer usted exactamente lo que yo le diga. No quiero errores, ¿comprende? La suerte de todos depende de que lo haga usted bien. Tengo confianza, pero quiero que queden bien

claras las cosas. Esta tarde, a las tres, cogerá usted el tren para Schenectady. En ese mismo tren viajará el diputado Ryan. Él lo hará en un compartimiento solo, porque ya ha recibido instrucciones para ello. Usted debe buscar al diputado y colocarse cerca de él. A ser posible, donde pueda verlo. Llegará un momento en el trayecto, justamente entre Kingston y Albany, en que el diputado arroje por la ventanilla una cartera. ¿Me ha comprendido?

—Sí, señor.

—Bien. Pero si no lo hiciera, penetrará usted en el departamento y procurará arrebatarle esa cartera. Pudiera ser también que fuese acompañado de la Policía o de los federales. En ese caso, estos intentarían parar el tren tirando del pulsador de la alarma. Debe usted impedirlo a toda costa, obstaculizando la labor de los policías, pero sin hacerse sospechoso.

—Comprendo, señor —dijo Thorwald lentamente—. Puedo hacerme el obsequioso y metomentodo. Sí, sé de muchas personas a las que les ocurre eso.

—Si el diputado viaja solo, no haga nada. Tirará la cartera, y usted se bajará en Albany o en Schenectady y volverá a Nueva York. ¿Comprendidas las instrucciones?

—Sí, señor. Dispense, pero desearía hacerle una pregunta.

—Hable —ordenó la voz autoritaria.

—He sabido la muerte de Harald Mattisson. Quisiera saber lo que ocurrió.

—Había ido con cuentos a la Policía —dijo la voz, sin vacilar—. Y eso se paga con la muerte.

—¿Está usted seguro? —preguntó Thorwald.

Esta vez, su voz se había ido endureciendo. El hombre que estaba al otro lado de la línea esperó unos instantes. Luego habló pausadamente:

—¿Quiere llamarme embustero, Svenson?

—No. Quiero saber la verdad. Yo era amigo de Mattisson, lo conocía perfectamente y sé que jamás hubiera hecho una cosa así.

—Discutiremos este asunto después de haber terminado con lo que tenemos entre manos —dijo la voz autoritariamente—. Obedezca, Svenson. Dígale a Pajalsky que se ponga al teléfono.

Thorwald dejó el auricular, y mientras lo hacía estaba sonriendo torcidamente. Ahora ya sabía exactamente lo que había ocurrido.

Mattisson había sido muerto porque sabía algo, y el jefe quiso quitárselo de encima. Pero ¿qué diablos sería lo que supo Mattisson?

Mientras avisaba al polaco estuvo revisando en su memoria los casos en que se había ocupado Harald. Echar las cartas al correo, sencillamente. Pero así como ellos recibían el dinero una vez terminado felizmente un secuestro, Harald, no. A él se lo entregaban... ¿de qué manera?

Thorwald poseía una mente muy clara y ejercitada por el análisis. Comprendía que tuvo que haber algún motivo especial para que matasen al noruego. Un motivo que podía ser... Quizá que hubiese descubierto la identidad del jefe de la pandilla.

O dónde vivía éste. Cuando una vez le preguntó Thorwald a Harald que cómo recibía él su dinero, Mattisson contestó con una sonrisa y dijo que no le estaba permitido revelarlo. Así era Harald. Si había prometido una cosa, no se la diría ni a su mejor amigo. Bien; lo más probable es que el jefe intentase ahora quitarle a él mismo de en medio si sospechaba que él no estaba conforme con la muerte de Mattisson. Bien, que lo intentase.

Se echó en la cama y ordenó al compañero del polaco que lo despertase a las dos en punto. Un momento después dormía, encogido el gigantesco cuerpo, a semejanza de los felinos.

V



UBO un silencio. Luego, el inspector Riley se levantó con resolución.

—No se saldrán con la suya, señor —dijo, dirigiéndose al diputado Ryan, que permanecía en un sillón, casi echado, con un vaso mediado de «*whisky*» y agua en la mano y los ojos perdidos en el vacío—. Cazaremos a esos sinvergüenzas aunque hayamos de remover media América.

—Desde luego —dijo el teniente Thompson, y empezó a rascarse la cabeza, a semejanza de su superior—. Sólo que será bastante difícil vigilar todo el trayecto del tren. Yo creo que...

Riley no le dejó acabar. Había cogido otra vez la nota que llegara aquella mañana a casa del diputado, y la releía. En ella había escrito lo siguiente:

«Señor: Su hija se halla en nuestro poder. Si no cumple las instrucciones que a continuación le damos, ella morirá. Pero esperamos que usted pagará, como es natural. Tampoco la cantidad es demasiado alta.

»Sacará usted de su banco hoy mismo, por la mañana, la cantidad de quinientos mil dólares en bonos de guerra y papeles del Estado. Los meterá en una cartera y tomará el tren de Schenectady a las tres de la tarde en punto, en la estación Pensilvania. Recuerde bien, señor: el tren de las tres de la tarde. Cogera usted un departamento en que viaje solo y se colocará en la parte izquierda del coche. Una vez el tren en marcha, recuérdelo, tendrá fija la vista en el trayecto de la vía. Llegará un momento en que verá usted ondear una banderita verde. Sin vacilar un momento, arroje la cartera por la ventanilla. Hecho esto, seguirá viaje hasta Schenectady, donde ya será libre en sus movimientos. Cuando llegue usted a su casa, allí encontrará a su hija sana y salva. No lo haga así, y no la volverá a ver más».

Y seguía aquella estremecedora cabeza de felino, colocada seguramente con un sello de caucho mojado en tinta roja.

—Empieza ya a preocuparme esta cabeza de animal —dijo Riley pensativamente—. Es el quinto caso en que los padres, preocupados, han pagado, y luego han avisado a la Policía y ésta a nosotros, los del

F. B. I.

—¡Mi hija! —bramó el diputado Ryan, poniéndose en pie de un salto. Pagaré porque me devuelvan a mi hija, pero quiero tenerla conmigo de nuevo. ¡Esto no es un país en el que puedan ocurrir estas cosas! ¡Nos encontramos protegidos por las leyes, a las que pagamos, y tenemos derecho a no perder nuestros hijos cuando una pandilla de maleantes se lo propone! Pero si la ley resulta ineficaz para proteger nuestras vidas, pagaremos.

—¡Cálmese, diputado! —dijo Riley fríamente—. Aún no se ha perdido todo. Tengo una idea.

—¿Cuál? —preguntó Thompson.

—Luego se la diré. Siga usted las instrucciones de esa carta, diputado, y tome el tren de la tarde para Schenectady. Supongo que podrá conseguir el dinero.

—¡Claro que sí! Dos millones conseguiría yo con tal de tener otra vez conmigo a mi hijita. ¿Qué debo hacer?

Aquel hombre había perdido, ante el secuestro de su hija, toda su facundia, tanto oratoria como de gesto. No era más que un pobre viejo que adoraba a su vástago y que lo había visto arrancado de su lado.

—Consiga el dinero, tome el tren y tire la cartera por la ventana. De lo demás nos preocuparemos nosotros.

El teniente Thompson y Riley salieron de la casa. Fuera los esperaba un coche de la Policía, en el que subieron.

—No comprendo cómo se las va a arreglar, inspector —dijo el teniente, quitándose la gorra, mientras el coche arrancaba por la húmeda calle—. No podemos, aunque bien quisiéramos hacerlo, cubrir con policías todo ese trayecto del ferrocarril. Les bastará con colocarse en el sitio más inesperado para que ya no podamos cogerlos.

—El hombre con quien nos enfrentamos es diabólicamente listo —contestó Riley—. Este truco es uno de los mejores que he visto entre los secuestradores, pero el

F. B. I.,

es muy fuerte, teniente. Mucho más de lo que se creen esos individuos. Cogeré al que quiera retirar el dinero.

Thompson se encogió de hombros al ver que el inspector no contestaba a su pregunta y se puso a mirar por la ventanilla. En aquel momento empezaba nuevamente a nevar.

El tren acababa de abandonar Kingston y corría velozmente en dirección a Saugerties por sobre la nevada campiña. Los apretados pueblos del Estado de Nueva York se sucedían unos a otros con vertiginosa rapidez, y a la derecha de la vía férrea se retorció el río Hudson, prisionero entre sus puentes.

Thorwald pasó lentamente, fumando un cigarrillo, por el pasillo. Al llegar a uno de los compartimientos, separado de los demás por los muros de madera, echó una distraída ojeada al interior. Allí estaba. Un hombre de unos sesenta años, de fuerte complexión y

con el subido color de los aficionados a la buena mesa y a la buena bebida. Un típico irlandés, de pelo blanco y ojos azules, con un par de patillas que no hubieran llamado la atención en 1800. En el diputado Ryan, las patillas eran casi una segunda personalidad.

Se asomó a la ventana, contemplando con el rabillo del ojo la inquietud que dominaba evidentemente a aquel hombre. Llevaba en las manos, apretada por ellas convulsivamente, una gran cartera de piel de cerdo, a la que de vez en cuando dirigía ansiosas miradas.

Thorwald acabó su cigarrillo y encendió otro seguidamente. El tren penetraba en la estación de Saugerties, expeliendo nubes de vapor por entre las ruedas. Allí, en aquella estación, sólo paraba un par de minutos; pero durante este tiempo, Thorwald Svenson se mantuvo en la sombra del compartimiento, evitando en lo posible las miradas de los que subían y bajaban. Su figura, ya lo sabía él, llamaría la atención en cualquier parte; sobre todo, la atención de las mujeres. Éstas se volvían al verlo y le seguían con la vista. alguna de ellas podría, quizá, acordarse de él si la Policía hacía preguntas.

Por fin arrancó el convoy camino de Albany. Era ahora cuando, según sabía Thorwald, habían de empezar a ocurrir las cosas. Se volvió discretamente y contempló al diputado. Éste miraba ansiosamente por la ventanilla, desojándose, con las pupilas contraídas. En cualquier lugar de la extensión nevada podía haber una banderita verde como las que usaban los ferroviarios en algunos sitios para indicar que no hay peligro en los cruces.

Pasaron lenta y angustiosamente los minutos. Thorwald miraba a su alrededor vigilante, pero nadie de los que viajaban en el tren tenía la menor apariencia de pertenecer a la Policía. Un par de señoras ancianas, un hombre maduro que parecía un corredor de comercio y tres muchachitas jóvenes con aspecto de estudiantes.

Thorwald se metió de rondón en el departamento de al lado y se puso al lado de la ventanilla. La mayor parte de los trenes norteamericanos llevan las ventanas cerradas de manera que no se puedan abrir, pero la inteligencia del que había planeado el asunto se ponía de manifiesto una vez más. El tren de Nueva York a Schenectady es de modelo un poco antiguo. Thorwald, a riesgo de una discusión con los de los departamentos adyacentes, abrió la ventana.

Una fila de escuálidos árboles, con las ramas cargadas de nieve, se retorcían a los lados de la vía férrea. De vez en cuando, una casa prefabricada o la granja de algún agricultor. Thorwald Svenson y el diputado Ryan vieron la banderita al mismo tiempo.

Se trataba de una casa de corcho y madera que tenía un pequeño jardín rodeándola y que se hallaba a unas cincuenta yardas del tendido de la vía. El jardín estaba bastante abandonado y gran número de los cristales faltaban. La casa, pues, debía de hacer bastante tiempo que estaba abandonada.

El diputado Ryan abrió la ventana con ansiedad y lanzó violentamente la cartera más allá de la vía. Nadie de los que estaban en el vagón vio nada. Únicamente Svenson. Y también vio otra cosa.

Antes de que el tren se alejase demasiado vio una figurilla que salía de detrás de un arbusto, aún con la bandera en la mano. Aun a la distancia en que se hallaba, distancia que se iba agrandando a pasos de gigante, Thorwald, que tenía vista de marinero, reconoció al polaco Ian Pajalsky.

Y también vio otra cosa. El avión que había estado volando a escasa velocidad, dando vueltas por encima del tren, como si el piloto estuviera practicando, pareció encontrar de pronto un objetivo fijo. Y ese objetivo era precisamente Pajalsky, que corría en dirección a la carretera. Ya no pudo ver más, porque el tren tomó una curva. Pero cuando el tren se detuvo en Albany, a las cuatro y media de la tarde, Thorwald Svenson sabía que es muy difícil luchar contra el

F. B. I.,

por muy bien montada que esté una organización criminal.

El inspector Riley, del

F. B. I.,

y el teniente Thompson, de la Metropolitana, vieron también la banderita, porque el avión iba volando a muy escasa altura. No se habían separado en todo el tiempo, y habían comido juntos en el aeropuerto. Luego habían subido al avión, que esperó tranquilamente a que el tren saliera de la estación Pensilvania, para seguirlo. Y eso era todo.

—¡Ya son nuestros! —dijo Thompson—. Podríamos descender y pescarlos cuando quisiéramos.

—Los cogeríamos o no los cogeríamos —dijo Riley, sonriendo duramente—. Además, quisiera conocer el destino de esa cartera. Me interesa más la cabeza, el hombre del sello con la bestia escarlata, y estoy seguro de que el que se ha apoderado del dinero no es más que un asalariado.

El avión continuó revoloteando cerca del automóvil, un «Chrysler» pintado de azul, mientras el piloto iba transmitiendo por la radio lo que le indicaba Riley. Iban explicando las características del coche. Por último, Riley le hizo otra advertencia:

—No quiero que sean coches policíacos los que intervengan. Coches particulares conducidos por policías de paisano. Que no sospechen nada.

Thompson sonrió, frotándose las manos.

—De ésta, ya los tenemos, inspector. Y, créame, me gustaría pescar a ese individuo de la cabeza de tigre, o lo que sea. Otro secuestro como el de la hija del diputado, y el departamento de Policía tendría que sufrir algunos cambios. Y uno ya va siendo viejo para andar por ahí.

El «Chrysler» se metió en Albany, atravesando por entre las anchas calles, hasta alcanzar una lateral, por la que se escabulló. Pero ya los del avión pudieron observar que dos coches de color oscuro salían de un aparcadero y se deslizaban perezosamente tras él. La Policía, en contacto con el

F. B. I.,

iba estrechando sus redes.

—Tendremos que volver, señor —dijo el piloto, rompiendo el silencio—. No me atrevo a continuar. Empieza a nevar, y...

—Dé la señal para que nos abran sitio en el aeródromo de Schenectady o en el de Albany —dijo Riley—. Supongo que habrá alguno por aquí.

—Tres —sonrió el muchacho—. Mire: allí tenemos uno.

Se trataba de uno de esos pequeños campos, apenas mayores que un terreno de fútbol, pero que sirven a maravilla para los aviones particulares. El piloto avisó a la torreta de seguridad, y un momento después descendían del avión, cuando ya la nieve empezaba a arremolinarse espesamente en un cielo de estaño.

Fuera del campo los esperaba un coche de la Policía. Un sargento de paisano, hombre grueso y jovial, les estrechó la mano.

—No se nos escapan, señor —dijo orgullosamente—. La Policía de Albany tiene fama en el Estado. Recibiremos noticias enseguida.

La radio del coche empezó a funcionar, y el policía que conducía prestó oído. Luego se volvió a los otros:

—El coche ha abandonado la carretera Veinte y sigue ahora por la Treinta y Dos —dijo escuetamente—. Espero órdenes.

El sargento examinó un mapa del Estado que llevaba en las rodillas. Su gordo índice indicó un lugar.

—Aquí están, señor.

—Vuelven a Nueva York —dijo Riley, satisfecho—. Bien, sargento, adelante. Transmita que los sigan a toda costa, pero cambiando los coches, para evitar que se den cuenta. Ya sabe cómo hay que hacerlo.

—Seguro —sonrió el otro—. Tom, di que vayan esperando coches en los cruces de las carreteras, un poco lejos de la Treinta y Dos, para que no sospechen. Y que los que seguían hasta allí abandonen la persecución.

Un momento después, la radio continuaba emitiendo y una larga tenaza se iba cerrando sobre los malhechores.

—Es usted muy listo, Riley —dijo Thompson, muy satisfecho—. Ahora me doy cuenta de que no se exagera cuando se habla del F. B. I.

Creo que vale mucho.

Riley sonrió. Estaban llegando en aquel momento a las afueras de Nueva York, y el coche no se perdería de vista, porque en cada cruce, en las calles, los coches policíacos lo aguardaban, dispuestos a dejarse conducir hasta la cabeza de la «Bestia Escarlata».

Antes de cruzar el Harlem, Thompson mandó parar el coche.

—Tengo que comunicárselo a Trent —dijo.

Y penetró en la farmacia más cercana para telefonear. La nieve caía otra vez, espesándose a cada momento, y ya empezaban a salir las máquinas limpiadoras de sus cubiles de metal. Thompson volvió con cara muy satisfecha.

—Ya está —dijo—. Presto para todo.



VI



HORWALD Svenson
caminó a grandes zancadas sobre la nieve, tratando de llegar cuanto antes a la casa donde sabía que le esperaba un litro de té con ron bien fuerte. O un ponche con unos cuantos huevos bien batidos. Quería llegar a la casa, pero antes había de hacer otra cosa.

Antes tenía que pasar por delante de la casa donde hasta ahora estuviera el cuartel general de la pandilla. Le constaba que en este momento estaría ocupada por la Policía, y ¿habrían cogido a la joven? Confiaba en que no, porque si la joven estaba ya en su casa, él tendría que salir huyendo de Nueva York, porque la Policía lo buscaría inmediatamente. Había sido un error el dejarse ver por la muchacha aquélla.

Pasó tranquilamente ante la casa, a cuya puerta había tres coches negros, cerrados, y varios hombres vestidos de paisano. Los pocos transeúntes que se habían atrevido a afrontar la nieve estaban

siendo dispersados por un par de policías de la Metropolitana.

—¿Qué ocurre? —preguntó tranquilamente al guardia.

—Que un niño se ha comido un caramelo —contestó, malhumorado, el agente—. Vamos, amigo, circule. No se esté aquí, que se puede resfriar.

En aquel momento, Thorwald vio salir de la casa al inspector Riley, del

F. B. I.,

y procuró encogerse cuanto pudo para que no le viera. Salía acompañado de un teniente de uniforme y parecía bastante enfadado. No sacaban ningún detenido los policías que los seguían. Thorwald empezó a alejarse, pensativo, cuando sintió que le llamaban por su nombre. El inspector Riley caminaba rápidamente tras él.

—Espera un poco —le gritó.

Varios policías se aproximaron también.

Cuando estuvo a su lado se le quedó mirando fijamente en la penumbra que invadía ya la calle.

—¿Qué diablos andas haciendo por aquí?

—¿No puedo pasear por la ciudad? —preguntó Thorwald sarcásticamente—. Sencillamente, esto me recuerda Noruega. Me gusta pasear sobre la nieve.

—Es la segunda vez que te encuentro en mi camino, y en ninguna de ellas las circunstancias eran normales —dijo Riley fríamente.

—¿De veras? ¿Qué pasa? Tu agente no me lo quiso decir. Y ¿por qué has de preguntarme lo que hago aquí? Soy súbdito americano desde hace dos años, y no me gusta que me interroguen tanto. De veras.

—¿Es un sospechoso, inspector? —preguntó Thompson, acercándose.

—Lo ignoro —dijo Riley—. Escucha, Svenson. Lo mejor que puedes hacer es largarte a tu casa y no volver a acercarte donde estemos nosotros. Estabas con la joven cuando la raptaron, y ahora te encuentro cuando venimos a prender a la pandilla. Que, por cierto, fue avisada por alguien. ¿Qué has hecho esta tarde?

—Soy un obrero, pero sé lo que hay que hacer cuando un policía se pone pesado. Ver a un abogado y tener una charla amistosa con

él. ¿Qué te parece?

—Escucha, perro —dijo Thompson, echándole mano a la solapa—. Si te doy un masaje...

No pudo terminar la frase. Thorwald lo apartó sin tener que hacer más esfuerzo que el que hubiera hecho cualquier hombre para apartar a un gozque. Pero los resultados fueron catastróficos. Thompson salió despedido dos yardas y cayó sobre la nieve de espaldas. Era como si un jumento le hubiese coceado. Varios policías se lanzaron sobre Thorwald, mientras Thompson juraba abundantemente.

—¡Te mataré, perro! —aulló, y sacó el revólver de Reglamento.

Riley se le fue encima, en un «plongeon» perfecto, y logró agarrarle el brazo antes de que disparase. La bala se perdió inofensivamente entre la blanda almohadilla de la nieve y fue a desfigurar el estuco de la casa de enfrente.

—¿Está loco? —preguntó Riley violentamente, mientras le ayudaba a ponerse en pie—. ¿Se ha vuelto demente?

Thompson se puso en pie, rechazándole.

—Dispense —dijo—. Creo que perdí la cabeza un momento.

—Bueno, ahora que ese histérico ha recobrado el sentido común, supongo que podré marcharme —dijo Thorwald, cruzándose de brazos, mientras tres celosos policías lo sujetaban por si acaso se le ocurría nuevamente desmandarse.

—Tendrás que explicar algunas cosas, Svenson —dijo Riley con dureza—. No me gusta tu actitud en este asunto.

—Ni a mí la de la Policía, amigo. Cuando quieran que declare algo, ya saben dónde me tienen.

Dio media vuelta y se alejó a grandes pasos en dirección a su casa. La huida se imponía. Alguna vez se recobraría a la joven, si es que la «Bestia Escarlata» no la mataba para castigar al padre por haber dado la noticia a la Policía. Y recobrar a la chica Ryan sería su sentencia. El Estado de Nueva York castiga el secuestro con una severidad notable.

Llegó a su casa, y ya desde el rellano de la escalera oyó el timbre del teléfono, que repicaba en su piso. Abrió y cogió el aparato. Con él en la mano se aproximó a la ventana, y vio, como ya lo esperaba, una sombra apoyada en el farol de enfrente. Riley no se descuidaba, y ya había puesto un sabueso tras de la pista.

—Hable —dijo en voz baja.

La voz de Pajalsky llegó a su oído:

—Svenson, el jefe ha ordenado que nos reunamos todos en otro sitio. Nos llamó por teléfono justamente cuando la Policía se echaba encima de nosotros, avisándonos de que nos iban a pescar. Nos llevamos a la chica, y parece que hay que matarla.

—¿Dónde estáis?

—En Macombs Dam, en casa de Jimmy. ¿Sin novedad?

—Tengo un policía en la cola.

La voz del polaco sonaba preocupada:

—Procura espantarlo, porque parece que estamos rodeados de traidores. No sé cómo pudieron seguirme cuando cogí el dinero en la vía férrea.

—Por un avión, idiota. ¿Es que no lo viste?

—Había varios —se quejó el otro—. Todo aquello está plagado de aeródromos, y los aviones particulares no hacen más que dar vueltas por todas partes. ¿Cómo iba a fijarme?

—Bueno. Trataré de quitarme a ese policía de encima. En Macombs, dentro de una hora. Y no matéis a la chica todavía, Ian.

—Pero el jefe...

Thorwald Svenson colgó sin escucharle y se volvió lentamente. De sobra sabía él que no matarían a la chica si él se empeñaba en que no, porque Pajalsky y Jimmy le tenían un saludable temor, derivado de la fuerza de sus puños.

Pero antes le quedaba otra cosa por hacer. Tenía que enviar dinero a Hilde Halvorson de alguna manera, porque ella y los mellizos debían estar atendidos. Y además deseaba verla.

Apagó la luz de la sala y encendió la del dormitorio, dejándola encendida. Luego pasó varias veces ante la ventana, quitándose la chaqueta y los pantalones. Estaba seguro de que el espía de abajo lo vería y pensaría que se estaba desnudando. En vez de ello, se puso unos pantalones de mecánico lejos del rectángulo oscuro de la ventana y una chaqueta de cuero vieja. Luego se enfundó en una trinchera bastante usada y se preparó para actuar.

Apagó la luz y se aproximó a la ventana. El hombre del farol daba cortos paseítos sin dejar de mirar a la ventana; pero por su actitud dedujo que el policía ya no sentía ningún interés en la guardia, porque lo suponía en el lecho y roncando.

Cruzó suavemente la habitación y llegó a la cocina. Ésta daba sobre un patio interior que separaba ambas casas. La de Thorwald, bastante antigua, no tenía escalera de emergencia, pero la de la casa de al lado sí.

La escalera de la casa de al lado reptada por la fachada, que formaba un ángulo recto con la cocina de Thorwald. Estaba separada de ésta por una distancia de seis o siete yardas, y abajo se abrían las negras fauces del patio, con su piso de cemento. Esto quiere decir que la tarea de tratar de alcanzar la escalera no era demasiado fácil, y de cada cien hombres, noventa y nueve se hubieran declarado incapaces. Pero Thorwald pertenecía a ese uno por ciento.

El gigante del norte, que llevaba nombre de un dios mitológico, era uno de los hombres más fuertes del octavo Ejército británico. Y esto es decir mucho en un sitio en que abundaban los recios australianos, los combativos escoceses, ingleses altos como torres y de inmensos músculos y alsacianos y bretones de puños como mazas. Él había sido campeón de boxeo y lucha de todas las divisiones que lo componían, y aún recordarían sus compañeros aquel día en que cogió a tres prisioneros alemanes con las manos desnudas, y aquellos prisioneros no eran gente esmirriada.

Su cuerpo era perfecto, lo mismo que perfecto es el cuerpo de un tigre de Bengala o el de una pantera negra malaya. Estaba hecho para la lucha; mejor dicho, para la lucha a muerte, la que requiere los músculos adiestrados y tensos en cualquier momento de la existencia, menos en el reposo. Nervios firmes, que no sepan jamás de ninguna imposibilidad, y esa especial e innata facultad para contar el tiempo, para calcular el tiempo exactamente que tienen los nadadores cuando han de saltar de trampolines altos, y los boxeadores, que saben una fracción de segundo antes de que los ataquen dónde quiere golpear su contrario.

Y ni los nervios, ni los músculos, ni ese sentido especial del tiempo le fallaron esta vez. Jamás había probado a hacerlo, pero varias veces, desde la ventana de la cocina, había estado pensando en la posibilidad de que algún día hubiese de acogerse a aquella forma de huida. Y la ocasión había llegado. Con una mirada dijo adiós a aquel confortable pisito y se plantó sobre las palmas de los pies en el angosto antepecho de la ventana.

Calculó rápidamente, casi en una fracción de segundo, y luego, con las manos crispadas como garras, haciendo juego con los fuertes músculos de los dedos de los pies y de las pantorrillas, se lanzó hacia adelante, como un nadador se precipita hacia el agua.

Fue, quizá, una centésima de segundo el tiempo que estuvo en el aire, pero en esas ocasiones el tiempo se considera de otra manera muy distinta que en condiciones normales. A él le pareció que habían transcurrido minutos enteros antes de sentir que sus manos resbalaban sobre el oxidado metal de la barandilla de la escalera de incendios.

El primer golpe había fallado, porque el hierro estaba húmedo y resbaladizo por la nieve, y notó, con la feroz sensación de ira que invade a los animales cuando fallan un salto, que sus manos se escurrían hacia abajo, primero lentamente y luego con creciente rapidez.

No sintió miedo, porque no estaba en su naturaleza el sentirlo. Solamente ira. La barandilla de la escalera no tenía los barrotes verticales que acostumbran a ponerles, sino unas barras horizontales al borde de la barandilla, sujetas en cada ángulo por una barra doblada en dos. A esa barra se había aferrado Thorwald y esa barra era la que le expulsaba de allí, haciéndole ir hacia el patio, que abría su hambrienta boca debajo de él.

El cuerpo del noruego se bamboleó en el aire, pero en ese momento sus manos entraron en contacto con el suelo de la escalera. Era una probabilidad entre mil, pero era también la salvación si conseguía llevarlo a cabo.

Sus manos se aferraron ansiosamente al borde, sintiendo cómo se iban escurriendo lentamente, inexorablemente. Una pulgada más, y ya no tendría dónde sujetarse. Entonces ocurrió.

La fantasía de un forjador de origen español había dotado al borde en ángulo de un resalte que en Sevilla hubiera sido todo un historiado ramillete de volutas o rosetones. Aquí era eso simplemente: un resalte. Pero aquel resalte salvó la vida del hombre.

A pesar de la nieve, corría el sudor helado por la frente de Thorwald cuando se dio cuenta de que ya no tenía por qué temer. Sus brazos no se habían cansado en absoluto, pese a lo violento de la situación. Era, simplemente, que se había escurrido; pero ahora

ya había acabado todo aquello.

Manteniéndose con una sola mano, bien agarrado ahora al ángulo, metió la otra en el bolsillo y sacó un trozo de franela con el que acostumbraba a limpiar su pistola. Con la misma mano empezó a limpiar el ángulo de nieve por encima de la derecha con toda exactitud y tranquilidad. Cuando acabó podía flexionar con ambos brazos sin escurrirse más que muy poco. Fue cuestión de un segundo para él alcanzar el borde superior de la escalerilla y saltar a esta misma. Un momento después, como si no hubiese estado enfrentado a la Pálida, subió tranquilamente los escalones.

Sabía dónde conducía esta escalera. Llegaba zigzagueando hasta el último piso, y allí acababa, justamente en la ventana-puerta de la cocina de una familia de italianos pobres. El padre, un lombardo, trabajador en una cuadrilla de constructores de carreteras, apenas ganaba lo suficiente para mantener a siete robustos «bambinos» que a todas horas pedían de comer.

Thorwald confiaba en que ninguno de ellos lo viera. Contaba con alcanzar la azotea de la casa desde la escalera de incendios y de allí pasar a la de al lado. Entonces descendería de nuevo, por otra escalera de emergencia, a otra calle, en la que el policía no podría verlo.

Pero... allí estaba Giannina, la hija mayor del obrero, trabajando en la cocina, muy atareada en preparar la cena para el padre y los hermanitos. Volvió la cabeza y vio al noruego cuando éste trataba de pasar inadvertido.

—¡Señor Svensone! —dijo, y abrió la ventana.

Hasta el hombre llegó el tufillo de los peces fritos y el olor inconfundible del ajo con el que los Carramini guisoteaban todas las comidas. Pronunció el nombre marcando mucho la «uve», hasta convertirla en «efe», como le había dicho Thorwald que se hacía en Noruega. Luego, por su propia cuenta, agregaba una «e» a la palabra. Era una muchachita de dieciséis años, bastante desarrollada para su edad y que sentía una pasión extraordinariamente romántica por aquel vecino tan apuesto y buen tipo.

—¡Silencio, Giannina! —dijo él, poniéndose una mano en la boca, pero arreglándoselas al mismo tiempo para fabricar una de aquellas atractivas sonrisas que tan difíciles de resistir resultaban

para las mujeres.

—¿Pasa algo, señor? —preguntó ella, muy emocionada, presumiéndose alguna aventura especial.

—Quiero gastar una broma —dijo Thorwald, maldiciendo en su fuero interno la oficiosidad de la chiquilla—. Por favor, no debes decir nada.

Pero Giannina era hija de italianos, y por ello, perspicaz. Además, sabía por su padre algo, y podríamos decir mucho, de la delincuencia de Nueva York. Lo primero que se le vino a la mente fue que Thorwald estaba huyendo de la Policía. Y acertaba plenamente.

—Estoy sola ahora en casa, señor «Sfensone» —dijo—. Pase usted, y sale por la escalera principal.

Thorwald vio que sería difícil engañar a la italianita.

—Está bien, Giannina. Eres una excelente muchacha. Puedes estar segura de que recordaré esto toda la vida. Verás, es un error.

Pero sus palabras eran suficientes para llenar de ternura el sentimental corazoncito de la chica. Con ello bastaba. Ahora, Thorwald estaba seguro de que antes la matarían a ella que decir una palabra de lo que había visto. Llegó hasta la puerta de entrada, y allí le tendió la mano, como habría hecho con una mujer hecha y derecha. Un momento después bajaba a saltos la escalera en busca de la calle.

Asomándose a la esquina, vio la figura del policía, que parecía el más desdichado de todos los mortales residentes en Nueva York aquel día de Navidad. Sonriendo, Thorwald se alejó.

No tardó en llegar a casa de Harald, en la Tercera Avenida. Subió rápidamente las escaleras y llamó a la puerta. Hilde le abrió y en sus azules ojos pareció florecer una sonrisa.

—Pasa —dijo.

Tenía la cara arrebolada por el fuego de la cocina y llevaba un delantalito que hacía juego con sus ojos. Respiraba esa especial frescura y belleza amable de las mujeres del norte.

Luego se fijó en la roja de él, y su sonrisa se borró. Era una muchacha sumamente inteligente, pensó Thorwald, inquieto.

—No he venido más que por unos momentos, pero no tenía más remedio. Toma —y le alargó un pesado fajo de billetes. Sin contarlos, se hubieran podido calcular por lo menos mil quinientos

dólares—. Para que les compres caramelos a los mellizos y te hagas tú la permanente. Siento tener que marcharme.

—Ha ocurrido algo.

No era una pregunta por parte de ella, sino una afirmación.

Por entre la trinchera había visto el destrozado atuendo que llevaba, y se sobresaltó más aún. Algo cruzó por sus ojos.

—Sí —fue la concisa respuesta.

—No te pido que me lo digas, pero...

Thorwald se decidió de pronto:

—Escucha —dijo bruscamente—. Ahora ya poco importa todo. Pero sabe que tanto Harald como yo pertenecemos a una cuadrilla de secuestradores. Hasta ahora es lo menos que hemos hecho, pero nadie puede decir que mañana no podamos llegar hasta... otras cosas peores. Harald fue muerto porque, sin duda, llegó a saber quién era el jefe de la banda, cosa que para todos los demás era un riguroso secreto. Bien, busco a ese jefe y no pararé hasta que lo encuentre, ¿comprendes? No pararé. Pero ahora nos ha salido mal un asunto, y la Policía está tras de mis talones. No es que tengan gran cosa contra mí, pero...

La joven no respondió. En lugar de ello, dejó sobre la mesa el rollo de billetes.

—Llévatelos —dijo con sencillez.

—¡No seas idiota! —gritó él, furioso—. No te vas a morir de hambre ni vas a dejar a los gemelos que pasen privaciones porque yo haya conseguido ese dinero de una manera u otra, ¿comprendes? ¡Cógelo!

—No —repuso ella, sin alzar la voz—. No quiero. Encontraré un empleo aunque tenga que buscarlo en... cualquier sitio, aunque sea de obrera en una fábrica; pero no admitiré ese dinero. Lo siento, Thorwald; no es un reproche por lo que tú hayas podido hacer o no, sino es que, sencillamente, no puedo cogerlo.

—¡Ya! —dijo él con amargura—. Te quemaría las manos, ¿no es eso? Dinero del crimen, nunca aprovecharás, ¿no es eso? Está bien. Vete al infierno con tus mojigaterías, pero los gemelos me los llevaré yo, para evitar que pasen hambre por tus escrúpulos pasados de moda. ¿Te ha tratado tan bien el mundo como para que desprecies a los que no se quisieron conformar? Pues bien, puedes empezar a despreciarme, y hasta a morirme de hambre, si ése es tu

gusto; pero... ¡no con Olaf y la nena, porque me los llevaré yo!

—No toques los niños —dijo ella, sin perder la tranquilidad—. No te desprecio, Thorwald Svenson. Solamente lo siento por ti. A ninguna parte lleva el mancharse las manos, créemelo. Tan sólo a la cárcel y a las celdas del arrepentimiento y la vergüenza.

—Ahora hablas como un pastor puritano —se burló él—. No tengo tiempo para perder contigo. Me llevaré los niños aunque sean una carga demasiado pesada para mí en estas condiciones.

—Para llevarte los niños tendrán que desmayarme primero, Thorwald —repuso ella, sin perder la serenidad.

No era una fanfarronada. Aquella muchacha no se lo permitiría, y si algo conocía a las mujeres el noruego, ella decía la verdad. Lleno de ira, tiró los billetes al suelo.

—Está bien —dijo—. Pero si alguna vez vuelvo y encuentro que a los niños les ha ocurrido algo por no aceptar tú ese dinero, tú serás quien pague.

Y se volvió para marcharse. La joven dio dos pasos hacia adelante y le puso una mano sobre un brazo.

—Escucha, Thor. Si alguna vez vuelves, los gemelos te esperarán. Y yo también. Creo que volverás. Eso es todo.

Thorwald se la quedó mirando con expresión extraviada. Tenía muy cerca de sí el esbelto y fuerte cuerpo de la muchacha, y vio cómo los labios rojos de ésta temblaban perceptiblemente. Algo así como una especie de ansia de descanso infinito le invadió por un momento. No más lucha, al cabo de tanta como había sostenido en su vida. No más pelear constantemente en busca de algo que no lograba hallar. La paz. La paz junto a aquella muchacha en algún lejano rincón del país o allá en el norte, donde la nieve hace temblar las ramas de los pinos. Sacudió la cabeza como si intentase alejar de sí esas ideas, y volvió a mirar a la joven.

—Creo que volveré —dijo sencillamente.

E inclinándose besó ligeramente los labios de Hilde. Luego dio media vuelta y se lanzó escaleras abajo. La joven miró su ancha espalda hasta que la vio desaparecer en un ángulo, y luego, lentamente, cerró la puerta. Se apoyó de espaldas a ésta y cerró los ojos durante un momento. Luego, el llanto de los niños le hizo erguirse nuevamente y dirigirse al cuarto de la infancia.

VII



LEGÓ a Macombs a las ocho y algunos minutos. Sabía perfectamente la manera de llamar y la puerta fue abierta inmediatamente por el polaco Pajalsky, cuya cara revelaba de manera evidente el miedo que lo poseía.

El polaco no pudo reprimir un suspiro de alivio cuando vio la gigantesca figura de Thorwald enmarcarse entre la nevada del exterior.

—Pasa. Ya creíamos que no vendrías.

Entraron en una habitación excesivamente caldeada por una estufa de carbón, pero el calor se agradecía después de haber pisado la nieve. Thorwald se calentó las manos, seguido por la expectante mirada de Pajalsky y de Jimmy.

—¿Dónde está Manrique? —preguntó.

—Tiene que venir enseguida —respondió Pajalsky

instantáneamente—. Cuando lo llamé me dijo que vendría sin tardar ni un minuto.

—¿Llamó el jefe?

—Aún no.

—¿La muchacha?

—La tenemos en el otro cuarto, Thorwald. Pero si viene el jefe y se entera de que no hemos seguido sus instrucciones... Bueno; no quiero saber lo que pasará.

Ni Pajalsky ni el joven Jimmy eran asesinos profesionales. Sabían que se exponían, si secuestraban, a pasar de cinco a diez años en la cárcel del Estado; pero si asesinaban, irían a la silla eléctrica, a menos de que un buen abogado los sacara adelante con veinte años. De toda la pandilla, el único asesino nato era Manrique, el portorriqueño.

El mismo que acababa ahora de llamar a la puerta. Era un mulato de tez bastante clara, cuyo padre, un portugués, no tuvo el menor inconveniente en casarse con una negra. Llegaba tiritando, con la cara gris.

—Maldito tiempo —dijo con marcado acento—. Maldito, maldito y maldito —la palabra maldito no era una mera afirmación en sus labios descoloridos. Era un juramento que cobraba en él caracteres especialmente virulentos—. ¡Quién me diera volver a Puerto Rico!

—Ahora vas a tener la oportunidad —dijo Thorwald secamente. Jamás le había gustado el mulato—. Cuando llame el jefe y diga cómo se van a repartir esos dólares.

Pajalsky dirigió una amistosa mirada a la cartera de piel de cerdo que perteneciera al diputado Ryan.

—Sí, tiene que venir para repartir eso. Yo me iré a Argentina. Creo que allí hay un buen campo para los negocios. Pero lo de esa chica...

—¿Qué pasa con la chica? —preguntó Manrique.

—El jefe dijo que deberíamos matarla, pero Thorwald dijo que...

El portorriqueño sacó la pistola de la sobaquera, enseñando unos dientes medio podridos por el uso de alguna droga.

—Si el jefe lo manda... —Y dio varios pasos en dirección al cuarto de dentro. La voz de Thorwald se elevó, fría como los ventisqueros de su tierra. Había una amenaza de asesinato en ella.

—Quieto, negro, o me verás enfadado. Nadie va a tocar a esa chica. De todos vosotros soy yo el más comprometido si ella sale libre de nuestras manos, pero, a pesar de todo, no pienso manchármelas de su sangre. No te muevas.

El portorriqueño tuvo un momento de duda, pero sólo fue uno. Era un criminal nato y gustaba de matar.

—Si te pones en mi paso o vuelves a insultarme, te mataré, Thorwald —dijo con voz contenida—. ¿Me oyes?

—Negro asqueroso —dijo Thorwald, y en su tono se advertía el inconsciente desprecio de las razas nórdicas por la gente de color. Por regla general ese desprecio pasa inadvertido, pero no por ello existe menos.

El portorriqueño levantó su pistola rápidamente, apuntando la cabeza de Svenson. Éste se tiró rápidamente, en el momento en que la bala pasaba gruñendo sobre él y, desde su incómoda postura alargó uno de sus enormes brazos y dio un tirón al pie de su enemigo, que se tambaleó cuando buscaba nuevamente la puntería. Un segundo tirón dado reciamente, hizo caer al mulato al suelo y ya la lucha pareció volverse favorable al noruego.

Sólo dos pasos o tres le separaban de su enemigo, pero ni siquiera le era necesario levantarse para acabar con él. Tiró del pie del otro, que gruñía y jadeaba como un animal y cuando lo tuvo cerca, le puso la otra mano encima del pecho, un poco por debajo del corazón y empezó a apretar.

Pajalsky y Jimmy miraban la escena con los ojos desorbitados. Bien es cierto que preferían a Thorwald antes que al portorriqueño, pero también lo era que si el jefe se enteraba de aquello... Bueno, Manrique era su ejecutor de altas órdenes, es decir su verdugo oficial. No le gustaría saber que Thorwald lo había matado.

Thorwald no pensaba acabar con el mulato. Le bastó un simple apretón de la mano para que el otro se pusiese gris y perdiese el conocimiento. El noruego se levantó tranquilamente y se limpió las manos en los pantalones de mecánico.

—¡Santo Cielo! —dijo Pajalsky—. ¿Cómo diablos lo has hecho? ¿Lo has matado?

—No —dijo Thorwald inclinándose sobre el caído—. Sólo está desmayado.

Efectivamente, Manrique aún respiraba, aunque con suma

dificultad. El efecto del apretón de Svenson había sido semejante al de un puñetazo de un hombre al plexo solar de otro.

—Cielos —dijo Jimmy—. Madre mía, qué puños.

Thorwald sonrió. En un cajón, encima de un mueble había patatas, que los cuadrilleros habían estado asando poco antes. Cogió la más gorda en la mano y empezó a apretar. Sin esfuerzo aparente por su parte, la pulpa del tubérculo empezó a correrle entre los dedos, convertida en un repugnante puré.

—Así lo hice —dijo escuetamente. Luego se dirigió a la habitación interior y abrió la puerta. La joven *miss* Ryan estaba tendida en un camastro, con los pies y las manos atadas. En sus azules ojos se veía una expresión de terror mezclada a otra de intensa rabia por el trato de que estaba siendo objeto.

Thorwald se inclinó sobre ella y cortó las ligaduras que le oprimían las muñecas y tobillos. Ella se restregó furiosamente las partes que habían estado en contacto con la cuerda, mientras lo miraba con reconcentrado odio.

—No se preocupe —dijo Thorwald encendiendo un cigarrillo—. Nada le va a ocurrir ahora. Pórtese bien y dentro de poco estará con su padre.

—Lárguese, miserable —le dijo con muy malos modos—. No quiero nada de usted ni sus malditos cómplices. La Policía se encargará de ustedes, racimo de horca —ahora hablaba como lo haría Ryan en los momentos de indignación, cuando no se acordaba de que era un electo padre de la patria.

—Bueno, no se lo tome así, le hará daño. Y le he dicho que no tiene nada que temer.

—¿Qué pasa? ¿Qué persigue la Policía? —preguntó ella con mofa.

—Dale un cacharrazo, Thorwald —aconsejó piadosamente Pajalsky—. Nosotros la atamos porque se puso así de pesada.

—No le daré nada. ¿Tiene hambre?

—¡No! —Le escupió ella.

—¿Y sed? —preguntó pacientemente Svenson.

Esta vez la joven no contestó tan rápidamente. Era evidente que sí que la tenía.

—Bueno, traedle un poco de agua.

El teléfono empezó a sonar en el cuarto vecino. Thorwald cogió

a la joven del brazo y la hizo ponerse en pie, sin violencias, pero con firmeza.

—No quiero dejarla sola aquí —dijo—. Ian, coge el teléfono.

El polaco tomó el auricular, mientras se amontonaban todos en la sala. La joven dirigió una mirada al caído cuerpo del mulato y la volvió a otro lado horrorizada. No era nada agradable la cara del portorriqueño.

—Sí... —dijo Pajalsky respetuosamente—. Sí, señor —hizo una vacilación y después, de malísima gana, continuó—: No, señor, no lo hicimos porque...

El aparato hizo una serie de ruidos que indicaban bien a las claras lo que el que llamara opinaba de Pajalsky y de sus antecesores tanto femeninos como masculinos. Thorwald, al lado del polaco, esbozó una sonrisa, mientras Ian palidecía. Luego, este último se volvió a él.

—Quiere que te pongas tú —dijo casi tartamudeando.

Thorwald cogió el teléfono. La conocida voz del jefe llegó a sus oídos.

—Quiero saber por qué no han matado ustedes a la mocosa —dijo fríamente—. ¿Por qué?

Había algo en aquella voz... El teléfono desfigura a menudo las voces de los que lo emplean, pero algo en la mente de Thorwald le hizo creer que aquélla la había oído él antes. Y cosa curiosa, jamás le sucedió antes. Moviendo la cabeza alejó aquella idea de su mente.

—Yo dije que no se la matara, señor —dijo respetuosamente—. Si la encuentran muerta nos llevarán a la silla eléctrica.

Hubo una pausa preñada de amenazas.

—Cumplan lo que he ordenado. Dentro de dos horas estaré yo ahí, y quiero saber que ya está hecho, ¿comprendido? —preguntó.

—No —respondió secamente Thorwald. Y esta vez había desaparecido todo respeto de su voz—. No mataremos a la joven ni Pajalsky, ni Jimmy ni yo. Manrique quiso hacerlo y lo tengo ahí, en el suelo, desmayado. Cuando vengas —añadió prescindiendo del tratamiento— podrás hacerlo tú mismo, como cuando mataste a Harald Mattisson.

Esta vez la pausa fue mayor. La voz que sonó luego revelaba una furia vesánica, aunque no había elevado el tono. La más espantosa

de las rabias vibraba en todos sus acentos.

—¿Se da cuenta de que me está desobedeciendo, Svenson?

—Claro que sí. Y también que estás en nuestras manos, querido, tú y todo tu misterio. Atrévete a amenazar otra vez y cuando llegues aquí no encontrarás más que la casa vacía. Habremos devuelto a la joven a su padre y tú te habrás quedado sin tu parte. ¿Qué me dices a eso, asesino?

Nueva pausa. La voz sonó ahora más tranquila.

—Dentro de dos horas estaré ahí. Espérenme. Creo que podremos discutirlo sin necesidad de violencias.

—Así lo espero —respondió Thorwald. Y cortó la comunicación. Cuando se volvió a los otros, sonreía abiertamente.

—¡Cielos! —dijo el polaco—. ¿Cómo te has atrevido a hablarle así? Será capaz de matarnos a todos, de...

—No te pongas histérico, Ian. Nadie va matarnos. ¿No te das cuenta de que todos los triunfos están en nuestra mano? Todos, tenemos el dinero y tenemos a la prisionera. Si nosotros nos fugamos ahora mismo, ¿qué ocurrirá? Bastantes crímenes ha cometido ya ese asesino, no era capaz de que denunciaran a la Policía. Nadie nos denunció, y sin embargo, mató a aquellos dos chicos y a Harald. Y los mató porque sabían algo que podía conducirnos a los demás a conocer su personalidad —de nuevo pensó en lo extraña que le había resultado ahora la voz del jefe. Cada vez se afirmaba más en la idea de que la había oído en alguna parte, pero el recuerdo se le escapaba entre los pliegues de la memoria.

—Entonces, vámonos —dijo Jimmy muy encarnado por la satisfacción—. Vámonos cuanto antes.

—¿Será usted capaz de dejar a ese monstruo que me mate? —preguntó la joven, aterrorizada.

—¿Matarla? —preguntó Thorwald perplejo. Luego, comprendiendo, se echó a reír—. Bueno, si lo dice porque yo lo dije por teléfono, no tiene por qué preocuparse.

—¡Cuidado! —exclamó Jimmy.

Habían desatendido a Manrique, y éste estaba ya casi de pie, cerca de la puerta. Su pistola yacía en el suelo, algo lejos de él, pero no se molestó en recogerla. Era evidente que lo único que quería era huir a toda costa.

Thorwald se lanzó en plancha hacia él, pero Manrique había logrado abrir la puerta y la cabeza del gigante chocó contra el batiente, rompiéndolo. Su mano, alargada como una zarpa, no encontró más que el vacío, porque ya Manrique huía velozmente escaleras abajo.

Thorwald se puso en pie, tocándose la frente y con gesto de furia.

—Nada que hacer —dijo—. No podríamos dar por la calle el espectáculo de una carrera pedestre. Muchachos, tenéis muy poco tiempo. Vamos a repartir el dinero y cada uno por su lado. Quédese quieta, *miss*. Le aseguro que pronto estará con su padre. Pero antes hemos de hacer esto.

Abrió la cartera de piel de cerdo y sacó los fajos de títulos y bonos y empezó a clasificarlos rápidamente. Dándose cuenta de la mirada estática de la joven, sonrió con agrado.

—Parece que despojamos bien a su padre, ¿eh? —preguntó—. Bueno, medio millón no le hará demasiado daño. Creo que posee más.

—Sí, y lo emplearé para perseguirlos a ustedes hasta hacerles dar con los huesos en una celda de

Sing-Sing

—dijo ella rencorosamente.

—¿De veras?

Terminó de contar e hizo tres partes. Alargó una de ellas a Pajalsky y otra a Jimmy.

—Listos, muchachos —dijo—. Os aconsejo que llevéis la mano en la pistola desde ahora y que ni vuestro mejor amigo sepa dónde vas a vivir de ahora en adelante. Adiós.

Extendió la mano y estrechó la de cada uno de los que fueran sus cómplices. En medio de todo eran buenos muchachos, ninguno de ellos, al menos, se había manchado las manos de sangre.

Luego, uno detrás de otro, descendieron la escalera. Thorwald llevaba a la joven fuertemente cogida por el talle.

—No chille, ni se le ocurra —dijo—, porque le daré un apretón y la dejaré sin sentido.

—Había creído que aquel hombre de color estaba muerto —dijo ella en un susurro—. ¿No lo mató usted?

—No soy un asesino —repuso Thorwald con dureza—. Pero

puede que lo sea cuando encuentre al hombre a quien busco.

En el angosto portal se estrecharon las manos por última vez. Casi inaudiblemente, Pajalsky preguntó:

—¿Te marcharás fuera, verdad, Thor?

—No —fue la respuesta—. Buscaré al jefe y lo mataré.

Jimmy fue el primero en salir. Tiró rápidamente por la derecha y Pajalsky lo siguió, haciendo lo mismo por la izquierda. Thorwald sujetaba todavía a la joven unos minutos. Y nunca agradeció bastante al cielo el que algo le obligara a hacerlo.

No fueron más que dos sombras, pero a pesar de todo sabía que se trataba de la muerte. Dos sombras que se separaron de la oscuridad de la acera de enfrente, dos sombras muy negras sobre la nieve. Una de ellas le era bastante conocida. Se trataba del portorriqueño Manrique. La otra le era desconocida.

Por un momento, los mejores impulsos de Thorwald lo llevaron a correr en persecución de alguno de ellos, porque se había dado cuenta de lo que aquello representaba. El jefe no había telefonado desde algún sitio lejano, sino desde allí mismo, desde cualquiera de los teléfonos públicos de un bar o una droguería. Y cuando se disponía a sorprenderlos, se le había unido Manrique. Y ahora, Pajalsky y Jimmy se hallaban en peligro de muerte. Y él mismo también.

Soltó a la joven y se lanzó al medio de la calle, de un salto. Al instante, se oyó un apagado chasquido y algo rebotó en la nieve, a sus pies. Le estaban disparando con una pistola provista de silenciador o con un arma de aire comprimido. Luego, la figura que perseguía, la del misterioso jefe de la organización de secuestradores, desapareció en la esquina.

Nada a hacer. Se volvió a la muchacha, cuya cara era invisible en la oscuridad del portal, pero cuya jadeante respiración llegaba a sus oídos.

—Vámonos —dijo con firmeza.

Salieron al puente de Macombs, y justamente cuando llegaban al borde, oyeron un lejano aullido y dos secos chasquidos de pistola. Thorwald sabía que aquellas detonaciones no podían partir más que de una «*Parabellum*» y ésa era precisamente la marca del arma del polaco. Al menos, él se había defendido.

Al otro lado del puente, ya en Manhattan, vieron un «taxi», que

se arrastraba por la nieve en dirección a las arterias limpias. Él lo detuvo y llevó hasta allí a la muchacha.

—Adiós —le dijo. Y puso en la mano de ella el paquete de títulos y bonos que le había tocado en suerte—. No podía dejar a mis compañeros sin su parte, pero entréguele ésta a su padre. No la necesito.

Y dio media vuelta alejándose a grandes zancadas. La joven asombrada, no acertó a replicar, mirando las anchas espaldas que se perdían en la nevada. La voz del chofer la sacó de sus pensamientos.

—Bueno, *miss*, ¿por qué no lo citó para mañana? Parece buen mozo, pero yo me estoy helando aquí. ¿Dónde la llevo?

Ella dio mecánicamente las señas de su casa, mientras miraba aturdida el paquete. Luego, de pronto, la excitación de los últimos días se abatió sobre ella e inclinando la cabeza sobre el pecho, se echó a llorar. El chofer se dio cuenta por el retrovisor y puso los labios como si fuese a silbar.

«Esta gente está loca», pensó, apretando el acelerador al desembocar a la segunda avenida, ya libre de nieve a pesar del manto que descendía ligeramente del cielo.

VIII



O le dijo nada más, señorita? —preguntó fríamente Riley mientras prendía un cigarrillo.

—No, nada más, y crea que ya me estoy cansando de todo esto —dijo ella muy enfadada—. Después de haber estado a punto de que me asesinaran, todavía tengo que contestar a las preguntas de un inepto que ni siquiera supo evitar que me raptaran. Ya va siendo demasiado, ¿no le parece, polizonte?

Riley enrojeció, pero no cambió de expresión. La injusticia se hizo patente para todos, incluso para Patricia Ryan, que bajó los ojos.

—Dispénsame —dijo—. Estoy muy nerviosa y a veces hablo por hablar.

—Debes descansar, hija —le susurró su padre que estaba sentado

en el brazo del sillón que ocupaba la joven—. Ahora irás a tu camita y descansarás y ya verás cómo mañana estás completamente bien.

El capitán de Policía Trent se rascó de nuevo su nuca.

—Vaya un lió —afirmó muy convencido—. El individuo ese es listo, Riley; no valdría de nada negarlo. Y el que raptó a la joven, ese ruso, también.

—No es ruso, sino escandinavo —dijo Riley—. Pero ése no es el jefe de la banda, según lo que ha dicho la señorita Ryan. Y aún hay varias cosas que me gustaría aclarar. Por ejemplo, como si nadie sabía que íbamos persiguiendo al hombre que recogió la cartera en la vía férrea, cómo él pudo dar el soplo a los de la cuadrilla. Sí, ¿cómo? —Se quedó pensando un momento y luego de pronto brilló una lucecilla en sus ojos.

—Me parece que sé cómo lo hicieron, Trent —dijo—. Y me parece que sé también quién lo hizo. Vámonos.

—Oigan —la muchacha se puso en pie—. ¿Van a coger a Svenson?

—En cuanto le echemos la vista encima —dijo Riley—. Le van a salir unos cuantos años.

—Recuerden que él me dejó libre e impidió que me matasen —replicó ella empezando a enfurecerse de nuevo—. ¿Es que eso no vale de nada? Papá, tú puedes hacer algo para que no lo traten con demasiada severidad, ¿verdad? Después de lo que él hizo por mí. Y te devolvió su parte del botín.

—La ley es la ley, hija —replicó el diputado—. Pero, bueno, creo que podremos arreglarlo, ¿no es así, inspector?

—No lo sé —repuso secamente el hombre del F. B. I.

Parecía muy molesto por el interés que la joven se tomaba por Thorwald. Dio media vuelta y se alejó, seguido por Trent.

—¿Quién llamó a los pistoleros, Riley? —preguntó el capitán. Subieron en el coche oficial que los esperaba y echaron a rodar por la Sexta Avenida.

—El único hombre que pudo hacerlo —replicó Riley escuetamente.

Trent se rascó la cabeza defraudado.

—Bueno, reconocerá, amigo, que eso no me dice nada. No sé

quién es el único hombre que pudo hacerlo, por mi vida.

—Piénselo bien —le replicó el inspector. Y el resto del camino permaneció silencioso, mientras el capitán de la Metropolitana derretía sus sesos en un intento de encontrar la solución.

Cuando llegaron a Centre Street, penetraron en el despacho del capitán. Un gigantesco mapa del ayuntamiento de Nueva York ocupaba uno de los paneles de la habitación. Riley se aproximó a él y lo contempló durante unos minutos.

—Aquí estuvo la guarida —dijo señalando un lugar en Macombs —. Aquí...

Un ordenanza de uniforme entró en el despacho después de golpear levemente la puerta, y tendió unos papeles al capitán. Éste les echó una ojeada por encima y lanzó un silbido.

—Aquí hay algo para nosotros, amigo —dijo Riley se aproximó a él y miró los papeles por sobre su hombro. Era el parte de un automóvil patrullero. En él se decía que en las inmediaciones de Macombs habían aparecido tres cadáveres. El forense estaba ya en camino.

—¡Vamos! —urgió Riley echando a correr por el pasillo, mientras se ponía el gabán.

Llegaron a Macombs a las diez y media de la noche. Ya desde lejos oyeron el ruido que hacía la gente, amontonada a pesar de la nevada, alrededor de un coche patrullero. Varios policías de uniforme se esforzaban en desalojar de allí a la muchedumbre y unos cuantos periodistas afilaban lápices y hacían estallar sus «*flash*», fotografiando a la víctima. A las víctimas, pensó Riley.

Los muertos eran dos. Un hombre de color que tenía dos tiros en el pecho y vientre respectivamente y un hombre rubio, de escasos cabellos y ojos azules. El especialista estaba ya tomando las huellas digitales de ambos. Los objetos de la pertenencia de cada uno estaban al lado, en una manta.

Riley se inclinó sobre ellos, imitado por Trent.

—Ian Pajalsky, americano, nacido en Nueva York —leyó—; de profesión montador electricista. Sí, me parece que sí.

Luego se volvió al otro.

—Benedicto Manrique, americano, nacido en Puerto Rico, de profesión dependiente de comercio. También, Trent, estoy seguro de que estos pájaros deben tener un prontuario de una milla de

largo. Son los que nos dijo la muchacha. Seguramente que el mulato intentó matar a Pajalsky por cuenta del jefe de la banda, pero el rubio se defendió.

—Hay otro tendido dos calles más allá, señor —dijo un patrullero alto y grueso—. Es un chico joven y los vecinos que oyeron ruido dicen que murió casi al mismo tiempo que éstos. Una vieja estaba mirando por la ventana y vio cómo alguien clavaba algo al chico ése. ¿Lo van a ver?

También tuvieron en sus manos los documentos de identidad de «James Barbaryton, de diecinueve años de edad, americano, de profesión, lavacoches».

—Sólo dos personas quedan de lo que fue una de las mejores bandas de secuestradores de los Estados Unidos —dijo Riley—. Pero esos dos son los peores. Necesitamos encontrar cuanto antes a Svenson. Y no solamente para meterlo en la cárcel, sino porque sobre él se cierne un gran peligro. El jefe de la banda no debe estar muy conforme con lo que hizo y procurará quitarlo de en medio cuanto antes. Vamos, Trent, aquí ya no tenemos nada que hacer.

El coche oficial los condujo directamente al restaurante «De Pablo». La joven Patricia Ryan les había dicho que allí conoció al noruego, por mediación del mismo propietario. Cuando llegaron, el espectáculo estaba en todo su apogeo, entre trompeteos de saxófonos y aullidos de violines histéricos. De Pablo se hallaba en su sitio acostumbrado, contemplándolo todo con semblante serio. Los dos policías, acompañados de un patrullero, entraron empujando al insolente portero y se dirigieron rectamente hacia él. Éste, cuando los vio llegar comprendió que habría dificultades.

—Inspector Riley, de la Policía federal —dijo enseñando su placa—. Quisiéramos pedirle unos informes de cierto individuo.

—Hablen —dijo el otro sencillamente.

—No, usted será quien nos hable de Svenson. ¿Le suena el nombre?

De Pablo no era tonto ni mucho menos. Sabía que si se conocía ya su amistad con Svenson, es porque la muchacha lo había dicho. Pero no comprendía la finalidad de todo aquello.

—Conozco a un hombre que se llama Thorwald Svenson —dijo—. Lo conocí durante la guerra. Hoy lo he vuelto a ver después de varios años. Y no sé nada más.

—¿Está seguro de no saber dónde vive? —preguntó Trent echando hacia atrás su sombrero para poder rascarse cómodamente.

—Seguro, completamente seguro. Hoy estuvo aquí, salió con una señorita y no sé nada más. ¿Ocurre algo, caballeros?

—Raptó a esa señorita —dijo Riley—. La raptó y por poco muere ella. ¿Qué le parece?

—Lo siento. Ignoraba en absoluto las actividades de Svenson. Lo único que sé de él es lo que acabo de contarles, y que en la guerra se portó como un bravo.

—Lo sé, porque lo conocí en África —dijo Riley comprensivamente—. Incluso ahora creo que lo que le ocurrió fue que se descaminó. Está bien, amigo, no lo molestaremos más, Pero, si supiera dónde está Svenson, ¿lo diría?

—No lo sé —respondió el sefardita con sinceridad—. Quise mucho a Svenson y por otra parte no deseo enemistarme con la Policía del que ya es mi país. ¿Comprende, señor?

Los dos policías dieron media vuelta y salieron rápidamente del «cabaret». Trent estaba dedicado a su ocupación favorita, empezando por el parietal derecho, pasando por el frontal y rascando entusiasmado todo hueso susceptible de ser arañado.

—No sé qué vamos a hacer, Riley —dijo mientras entraban en el coche—. Y, ¿dónde diablos estará Thompson? No lo he visto en todo el día, casi.

—Ya lo encontraremos, Trent, no se preocupe. Quizá antes de lo que pensamos. Y casi seguro que nos traerá a Svenson.

Trent abrió los ojos hasta que adquirieron el tamaño de dos platitos de «vermouth».

—Oiga, amigo, no empiece con las charadas. No me gustan. Estoy helado, quisiera cenar con mi familia, y preocupado por la desaparición de Thompson. ¿Por qué diablos no se explica?

—Quisiera que alguna vez usase su cerebro, Trent. Vamos a ver, hombre. ¿Quiénes sabían que nosotros perseguíamos al hombre que cogió la cartera en la vía férrea?

—Pues, usted, yo, Thompson, el piloto y...

—Y nadie más, Trent. Nadie más. ¿Recibió usted una llamada telefónica de Thompson esta tarde, cuando regresábamos? —preguntó de pronto, cambiando de conversación.

—¡Qué diantre! ¡No estaría tan preocupado si me hubiese

llama...! ¡Por los clavos de nuestro Señor Jesucristo, Riley! ¿Dónde quiere ir a parar? Acabará por volverme loco.

—Thompson se apeó y llamó —él me dijo que a usted— por teléfono. Solamente él pudo avisar a los secuestradores de que estábamos para llegar hasta ellos. Solamente él, Trent, no lo olvide.

Trent se quitó el sombrero y lo lanzó contra el suelo del coche hecho un basilisco.

—Mire, Riley, si miente usted... Bueno. Siempre he trabajado con Thompson y jamás... Pero ¡vamos, hombre, si es imposible! Es un hombre honrado... bueno, yo creo que es un hombre honrado y... ¡Cristo, cómo me ha metido usted la duda en el cuerpo!

—No es ninguna duda, Trent. Cuando vimos a Svenson esta tarde, delante de lo que fue la guarida de los secuestradores, Thompson quiso matarlo. ¿Por qué? Eso es algo que sabremos más adelante. Por ahora nos corre más prisa encontrar a Svenson.

La nieve caía interminablemente, como una ducha blanca ininterrumpida. Thorwald Svenson, con las manos metidas en los bolsillos de la vieja trinchera, dobló la esquina y contempló lo que fue su casa y de la que saliera aquella misma tarde. Sabía que varios policías debían estar vigilándola, pero necesitaba un refugio aprisa, si no quería pasar la noche bajo la capa de nieve. Ya había tenido tiempo de comprobar por los periódicos la muerte de Pajalsky y de Jimmy, así como la del portorriqueño. En este momento quedaban únicamente el misterioso jefe de la banda y él. Tenía que encontrar a aquel hombre y eso con la Policía pisándole los talones, ya que la muchacha habría dado su descripción completa.

Caminó dos manzanas más allá y vio la entrada de un hotel nocturno, de ínfima categoría. Seguramente que allí estaría más seguro que en ninguna otra parte. Decidido, se aproximó a él.

Detrás del mostrador había un hombre bajito, con lentes y unos extraños ojos acuosos que parecían no parpadear nunca. Al pedirle Svenson una habitación para pasar la noche asintió con un ligero cabezazo y fijó sus ojos en un punto situado detrás de él. Svenson se volvió a medias, encendiendo un cigarrillo y lo que vio le llenó de aprensión. Allí, sentado en un desvencijado sillón de mimbre había un hombre que parecía muy ocupado en mordiscarse las uñas. Pero todo en él delataba al policía a diez millas. Comprendió. El dueño del hotel procuraba siempre ponerse del lado de los maleantes.

—Pensándolo bien... —empezó a decir, cuando sintió crujir el sillón de mimbres y, con el rabillo del ojo, vio que el hombre se dirigía hacia él.

—¿Qué, amigo? —le preguntó mientras le enseñaba una placa rápidamente—. ¿Quiere dejarme echar una ojeada a sus papeles?

—No.

—Mire, amigo, más le valdría hacerlo. Andamos buscando a un tipo y usted podría ser su hermano gemelo. Venga, los papeles o se viene conmigo a la Jefatura.

La celeridad de Svenson se demostró una vez más. Llevaba una pistola en la sobaquera, pero confiaba en sus fuerzas. Un simple movimiento del brazo, y su puño entró en contacto como una catapulta con la mandíbula del policía. El hombre puso los ojos en blanco y, lanzado hacia atrás, casi levantado en el aire, fue a aterrizar tres yardas más allá como un saco medio vacío.

—Gracias, amigo —dijo Svenson tirando un billete de diez dólares encima del mostrador. Y salió a la calle mientras el dueño del hotel se preparaba cívicamente para tratar de volver en sí al caído.

«Bueno, primera oportunidad que falla —dijo en voz alta sin dirigirse a nadie en particular—. Creo que me iré a cenar a algún sitio».

Un poco más allá distinguió un automático. Entró, echó unos cuantos níqueles en las máquinas y luego se sentó a una mesa delante de unos cuantos emparedados de pollo, pepino y un par de tazas de café.

Una vez consumido todo encendió un cigarrillo y se puso a pensar furiosamente. La Policía no podía haber enviado agentes a todos los hoteles de la ciudad, de manera que alguno tendría que estar libre de aquellos engorrosos investiga-cosas. El caso era dar con el preciso.

Mientras fumaba, entró un hombre en el automático. Svenson sólo alcanzó a verlo de espaldas, y no le concedió más que una distraída mirada. Luego, terminado el cigarrillo, se levantó y se dirigió a la salida. El hombre lo miró por debajo del ala del sombrero, despreció el emparedado que acababa de sacar y efectuó la misma operación que Thorwald, pero dando tiempo a éste para salir primero y alejarse unas cuantas yardas. Entonces, se dedicó

muy tranquilamente a seguirlo.

Thorwald prosiguió su camino, sin prisas, mientras continuaba repasando en su imaginación una lista de posibles sitios donde alojarse.

De pronto, se le ocurrió una idea y estuvo a punto de darse un cachete por no haber pensado antes en ello.

Cerca de la tercera avenida, en una callecita que acababa en un descampado donde el vecindario pobre amontona los botes viejos y demás, y donde durante el día jugaban los chiquillos, no lejos de la casa de Thora Mattisson, donde en aquel momento estaría Hilde, hay un refugio para mendigos y desamparados, que dirigen los padres de la Orden de San Francisco. Hacia allí se dirigió Svenson rápidamente, mientras comenzaba a sentir que las orejas se le iban helando.

El refugio estaba abierto. De la tercera avenida convergían algunos ancianos, varios de ellos ciegos golpeaban el pavimento con un bastón y en la mano la escudilla de pedir. Un fraile, con el hábito castaño de la orden esperaba en la puerta.

Svenson le saludó llevándose la mano a la gorra. El fraile, cuya cara ensombrecían unas largas barbas que casi le llegaban a la cintura, se apartó para dejarle pasar.

—¿Estuvo ya aquí alguna vez? —preguntó con voz melodiosa y un acento que Thorwald no pudo localizar de momento.

—No, padre. Es que...

—Bueno, pase, no se quede en la puerta. Hace frío. El comedor está allí a la derecha. Si no ha traído usted escudilla puede pedir una al hermano Jerónimo.

—No deseo cenar, padre —respondió Thorwald sonriendo—. Solamente un refugio donde pasar la noche.

El franciscano volvió a mirarlo con atención, pero no dijo nada. En aquel momento se aproximaban dos mendigos viejos y se volvió para atenderlos.

Thorwald pasó adelante hasta encontrarse en una sala muy grande, llena de humo. Varios mendigos de ambos sexos se hallaban allí, comiendo en sus escudillas de metal, y algunos frailes pasaban entre ellos silenciosos como sombras. Encontró un banco en un rincón, se acomodó en él y se puso la gorra sobre la cara, fingiendo dormir. Ahora no quedaba, sino esperar a la mañana.

El hombre que lo había estado siguiendo se aproximó a la entrada del refugio y el franciscano se volvió hacia él.

—¿Quería algo, hermano?

—Hace un momento entró ahí un amigo mío —dijo el hombre—. Uno muy alto, con una gorra.

—Sí —contestó escuetamente el religioso.

—Entraré yo también —dijo el otro, y se preparó para hacerlo. De pronto, un brazo largo y duro se interpuso en su camino.

—Creo que usted no necesita para nada de nosotros, hermano —le dijo suavemente. Las ropas del perseguidor de Svenson eran de buen corte y nada en él hacía creer que necesitase un plato de sopa o un sitio donde dormir—. ¿O es que me equivoco?

—No se equivoca —dijo el otro con un bufido, tratando de apartar aquel brazo de su camino—. Pero necesito ver a ese hombre y lo haré. ¡Quítese de en medio!

—No —la voz del religioso seguía siendo igualmente dulce y suave, pero se advertía en ella una decisión inquebrantable—. Ese hombre vino a nosotros buscando un sitio donde dormir y resguardarse de la nieve. Si usted necesitase lo mismo, lo tendría ahora mismo. Pero no creo que lo necesite. Lo siento, hermano, no puedo hacer nada por usted.

El hombre cogió con ambas manos el brazo del franciscano y presionó sobre él, intentando apartarlo. Para su inmensa sorpresa, se dijo que jamás había visto un brazo tan nudoso y fuerte. Él no podía saber que el padre Lorenzo Castellanos, se dedicaba en invierno a partir la leña que necesitaba el refugio y a aprovisionar hogares pobres con combustible que él mismo astillaba. El religioso franciscano, además, en su tierra natal, en la soleada España, había sido un buen deportista antes de entrar en la Iglesia.

—¡Deje en paz al padre! —graznó uno de los mendigos, un anciano encorvado, acercándose con el bastón en la mano—. Deje en paz al padre o le largo un bastonazo que le parto las costillas.

—Quieto, hermano —dijo fray Lorenzo, apartando tranquilamente al seguidor, sin apenas hacer esfuerzo—. Nada de amenazas. Le ruego que siga su camino, hermano.

Algo plateado brilló en la mano del desconocido y el fraile pudo ver una estrella de metal.

—La ley, ¿verdad? —dijo—. Lo siento; cuando ese hombre haya

recuperado sus fuerzas, saldrá de aquí y usted podrá arrestarlo. — No necesita entrar, porque no escapará.

—¡Déjeme entrar! —bramó el otro—. Si ese hombre escapa, ustedes serán los responsables.

—No hay más que una salida —respondió el religioso sin alterarse—. Por ella habrá de salir el hombre. Aguarde.

Habló rápidamente en español a otro religioso y éste asintió con la cabeza. Se alejó y volvió al cabo de un momento.

—Está dormido —dijo escuetamente.

—Ya lo ve, hermano. Cuando despierte saldrá.

Era inútil discutir con el religioso, y el hombre lo comprendió perfectamente. Ni a tiros le hubiera hecho proceder de otra manera que la que él consideraba justa. Atravesó la calle, entró en una droguería y pidió un número, después de depositar un níquel en la ranura del aparato. Un momento después llegaba a sus oídos la voz cavernosa del capitán Trent.

—Soy Thompson, capitán —dijo—. Tengo a nuestro hombre en un sitio del que no puede escapar.

—¿Dónde? —preguntó calmamente Trent, mientras escribía rápidamente con un lápiz y Riley leía por encima de su hombro.

—No me acuerdo cómo se llama la calle —mintió Thompson con rapidez—. Pero está cerca del «elevado», en la Tercera Avenida. Vengan pronto. Yo los esperaré aquí.

A través de los cristales del negocio pudo ver que los últimos mendigos Habían entrado en el portal del refugio, y que el padre que le impidiese la entrada había desaparecido en el interior del mismo. Era su ocasión y nadie podría impedirselo.

Colgó el teléfono y se precipitó a la calle. Dos saltos llevaron su humanidad hasta la puerta y otro salto le hizo caer dentro de la gran habitación que servía de dormitorio común para los hombres. El que él persiguiera —a quien no pudo ver, debido a la niebla de humo que se interponía entre sus ojos y los objetos—, debía estar allí. Un franciscano levantó la vista, sorprendido al oír el ruido, y empezó a decir algo en español, cuando ya Thompson, el teniente de Policía, logró localizar a su víctima y su mano descendió vertiginosamente al bolsillo de su abrigo y apareció armada de una pistola.

Pero su ansia de matar no le dejó tiempo para vigilar a su

alrededor siquiera. No vio cómo una alta figura, vestida con un traje de burda tela castaña, se le echó encima y dos brazos poderosos se anudaron al suyo.

—¡Quieto, hermano! —dijo, con voz retumbante, fray Lorenzo Castellanos—. Mal, muy mal hecho.

El teniente se debatió entre los brazos del religioso y aún llegó a tiempo de ver cómo Thorwald Svenson levantaba la vista, quitándose la gorra, y daba un salto para ponerse en pie. En un segundo se dio cuenta de la escena y su mano se dirigió hacia su sobaco, pero ya otros dos frailes avanzaban sin temor alguno. Svenson se dio cuenta de que no podría disparar en aquel sitio, aunque quisiera hacerlo. No porque pudieran impedirselo, sino porque no podía. No le quedaba más que un recurso: la huida.

Dio otro salto en dirección a la puerta y el padre Lorenzo lanzó una advertencia a dos de sus hermanos, uno de los cuales se interpuso en el camino de Thorwald. Éste, sin hacerle el menor daño, lo levantó en vilo y lo apartó de sí, a pesar de que se trataba de un hombre grueso. Un momento después estaba en la calle.

—Han dejado que se escape —aulló Thompson fuera de sí—. ¡Han dejado que se escape con sus escrúpulos!

El religioso le soltó, con la cara muy seria:

—Lo siento, pero usted iba a matarlo, no a detenerlo. Lo vi y serviré de testigo si es necesario. No dejaré que se cometa un crimen delante de mí, y en este recinto, que es una prolongación de la iglesia.

Thompson, sin escucharlo, salió corriendo a la calle. Pero la espesa nevada no dejaba ver absolutamente nada de lo que ocurría a diez metros de distancia. Lanzando maldiciones, empezó a correr como loco, al mismo tiempo que empezaba a oír los aullidos de las sirenas de los coches policíacos, que llegaban por la Tercera Avenida y hacían retemblar las armazones metálicas del «elevado».

Fray Lorenzo se acercó al religioso que intentara cortar el paso a Svenson y le ayudó a levantar.

—¡Buenas fuerzas tiene! —dijo, con algo de admiración—. Y además, hermano, no te ha hecho daño. Es lo mejor de lo que podría habernos ocurrido.

De pronto alzó la vista y la fijó en un cepillo, en el que solían recibir algunas limosnas, muy pocas. Las esquinas de varios papeles

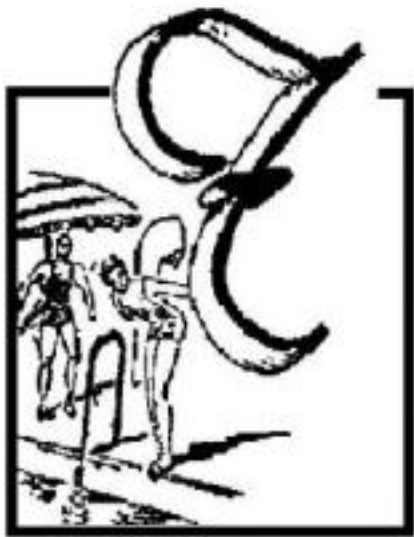
aparecían en la hendidura. Se acercó y vio que eran tres billetes de cincuenta dólares. El cepillo estaba encima del sitio que ocupara Svenson.

—¡Bendito sea Dios! —dijo, iluminándosele la cara—. Él podrá ser un criminal, cuando la Policía le persigue; pero con este dinero podremos dar de comer muchos días a todos estos infelices. Hermano: me alegro de haber impedido que ese hombre lo matara. Espero que Dios esté conforme conmigo en mi alegría —acabó, sonriendo.

Aquella sonrisa había roto más de un corazón de algunas morenas bellezas españolas.



IX



HORWALD Svenson no se había alejado demasiado. Estaba en la acera de enfrente, escondido en el hueco de un portal semicerrado y sintiendo cómo le caía encima la helada capa blanca. Tenía los ojos clavados en la puerta del refugio y vio a Thompson cuando éste salía y se detenía indeciso en la calle. También oyó las sirenas y decidió que alejarse un poco más no sería nada malo, porque la Policía registraría las aceras aledañas seguramente.

Manteniéndose pegado a la pared, avanzó unas cuantas yardas, hasta encontrar otro portal, más ancho, en el que se escabulló. Es más: ahora estaba dispuesto a ir a la cárcel si al mismo tiempo cogían al cabecilla de la banda. Pues ya no le quedaba ninguna duda acerca de la identidad de éste. Un hombre que había tratado de matarlo dos veces en el mismo día sin un motivo demasiado plausible. Por lo menos, algo raro ocurría allí.

Vio llegar dos coches negros, que frenaron salvajemente, derrapando en la nieve. Los conductores de los patrulleros no suelen ser elegidos hombres enfermos del corazón ni carentes de valor.

Vio cómo de uno de los coches descendían algunas borrosas figuras y cómo se dirigían hacia el policía que intentara matarlo hacía un momento. De pronto, resonando extrañamente en el silencio, oyó unas palabras:

—Se ha escapado. Unos curas me impidieron detenerlo.

Una voz profunda dominó la un poco chillona del policía. Desde su sitio, Thorwald no podía ver quién hablaba, pero reconoció la voz del sacerdote extranjero.

—Diga la verdad, hermano. Usted quiso matarlo cuando él dormía. Yo mismo lo vi.

—¡Ese hombre miente! —exclamó Thompson, chillonamente—. Yo sólo quería detenerlo...

—No miento —afirmó el religioso—. Lo vi y estoy dispuesto a declararlo así en cualquier parte. Ese hombre, ¿era un criminal?

—Un secuestrador —dijo Riley—. No creo que haya matado a nadie.

—Me dio, me dejó, mejor dicho, algún dinero. Si es de una procedencia no honrada, yo...

—Guárdelo, padre. Estoy seguro de que en sus manos actuará mucho más seguro y será empleado mejor —contestó Riley. De pronto se enfrentó con Thompson—. Teniente Gale Thompson —dijo claramente—: queda usted detenido como jefe de la banda de secuestradores y como el hombre que firmaba sus demandas de dinero con la cabeza de un animal de color escarlata.

Hubo un silencio tenso. Lo rompió, de pronto, la voz de Thomson:

—¡Usted está loco! —gritó—. ¡Está más loco que una cuadrilla de monos! ¡Yo!

—¡Usted, sí! Usted fue quien dio aviso a sus hombres para que escaparan cuando veníamos esta tarde de perseguir al que cogió el dinero en la vía férrea. Usted, que dijo que iba a telefonear a Trent y no lo hizo.

—¡Yo!...

—Queda detenido, Thompson.

Thorwald Svenson aguzó el oído. No se había equivocado. El

hombre que matara a Harald Mattisson había estado hacía poco delante de él. Y estaba todavía. No tenía más que disparar para...

No tuvo tiempo ni de llevarse la mano a la sobaquera. Sonaron dos detonaciones en rápida sucesión y oyó dos gritos de dolor. Luego vio, a través de la espesa nevada, cómo una figura corría velozmente, tropezando, y reconoció la magra y alta estatura del teniente traidor, antes de echarse a andar en su seguimiento. Ahora no se le escaparía de nuevo.

Trent había recibido un balazo en el pecho y caído a tierra, redondo. Riley se sujetaba él trazo derecho con la mano izquierda, mientras maldecía abundantemente, y los policías patrulleros se precipitaban tras las huellas del asesino.

Pero éste corría como un loco, pisando la nieve, y, aunque los agentes le hicieron varios disparos, ninguno de ellos logró alcanzarlo. Era un hombre de mediana edad, pero muy ágil y fuerte. Consiguió doblar la esquina antes de que los policías hubieran logrado echarle mano, y se metió entre la armazón y los cimientos de un edificio en construcción.

Thorwald se dio cuenta de que lograría escapar, pese a la tenacidad de los perseguidores, porque ya conocía un poco aquel barrio y sabía que entre las tramazones metálicas, un hombre podía escabullirse tranquilamente y salir una manzana más allá. Vio que los coches patrulleros se ponían en marcha y también vio que los policías ignoraban la otra salida; pero él no.

Manteniéndose siempre en las sombras de las fachadas, oculto a la vista de los policías por la abundante nevada y la oscuridad, consiguió también llegar a la esquina, pero por el otro lado a donde fuera el traidor. La dobló y empezó a correr como una exhalación. Varios vecinos se habían asomado a las ventanas al oír los disparos y sus voces sirvieron para crear una conveniente confusión. Varios bebedores retrasados se empeñaron en contribuir a la captura del criminal y sus esfuerzos enredaron más todavía la cosa.

Las piernas de Svenson, largas y fuertes, lo llevaron hasta la próxima esquina. Es decir, él tenía que recorrer dos manzanas, mientras los policías sólo una; pero así y todo, la ventaja estaba de su parte. Llegó a la calle Diez, donde sabía quedaban las obras en construcción, cuando aún no se veían señales de policías por ninguna parte. Y llegó a tiempo de ver cómo una figura salía de

entre los entablados y tramazones, miraba a un lado y a otro, y se largaba corriendo hacia la iglesia de San Marcos.

Detrás de ella siguió. Las sirenas aullaban fieramente a la noche, y por todas partes acudían policías en dirección al sonido, atendiendo a los silbatos de sus compañeros; pero la Segunda Avenida aún estaba bastante abandonada. Thorwald se dio cuenta de que sí lograba el fugitivo llegar a la calle Catorce, estaría salvado, porque aquella hora, la de las salidas de los teatros y los «cabarets», era de sobra propicia para esconderse un individuo. El teniente Thompson escaparía, seguramente.

Es decir, escaparía de la Policía, no de él. La muerte de Harald Mattisson estaba aún fresca en su memoria y había decidido matar al que se lo «cargó». Y lo haría.

Llegaron a la calle Catorce. Del teatro Jefferson salía un raudal de gente que iba a engrosar la que vomitaban las puertas de los «cabarets» y clubs nocturnos. La alta figura de Svenson servía perfectamente para que, entre la afluencia de personas no se le escapara el hombre que buscaba.

Lo siguió hasta Unión Square, y allí, Thompson, decidido sin duda a evitar las calles solitarias, echó por Broadway, y Thorwald detrás de él.

Madison Square, la plaza de Greeley y, por fin, la calle Treinta y Tres Oeste. Thorwald se dio cuenta de que iban aproximándose al final de su viaje, y aunque su pulso no se aceleró lo más mínimo, sí sintió cómo la sangre corría más espesa, parecía, por sus venas.

El hombre al que perseguía se había vuelto varias veces para mirar hacia atrás, pero Thorwald creía que no lo había visto aún. Eso sí, al pasar al lado de los policías, se encogía más en su gabán y se calaba más profundamente el sombrero.

De pronto entró en un portal y Thorwald llegó a él justo a tiempo para ver cómo desaparecía escaleras arriba. El noruego se desabrochó la vieja trinchera, para tener más a mano la pistola y empezó a subir lenta y cautelosamente detrás del otro.

Las pisadas de Thompson resonaban claramente en el silencio de la dormida casa, una casa de habitaciones, bastante vieja, cuyas maderas crujían a intervalos, pareciendo que eran varias las personas que pisaban los escalones.

Por fin, el perseguido se paró ante una puerta, sacó algo de su

bolsillo —una llave—, la introdujo en la cerradura y abrió las batientes. Thorwald esperó en el descansillo, atento, esforzándose en ver en la oscuridad. Al ir a avanzar un pie, de pronto, una de las tablas rechinó estrepitosamente y se echó para atrás, pegándose a la pared.

Thompson se volvió como si le hubiese picado una serpiente, y debió ver algo en la oscuridad, porque se llevó la mano al bolsillo y algo relució en ella.

Thorwald estaba en una postura bastante mala. Si intentaba sacar su propia pistola, el otro, que podía no haber tenido más que una sospecha, adquiriría la seguridad de que alguien lo había ido siguiendo.

Se quedó quieto. Fueron unos segundos de una tensión violentísima, pero los nervios del noruego estaban perfectamente adiestrados en las largas esperas. Luego, el otro empezó a bajar los escalones.

Bajó dos, volvió a mirar a las profundas sombras y, por fin, pareció decidirse, indudablemente, no había visto nada. Se volvió y se introdujo en el piso, cerrando la puerta tras de sí.

Respirando suavemente, Thorwald salió de entre las sombras y ascendió los diez o doce escalones que lo separaban del siguiente rellano. Apoyó un oído contra la puerta y oyó el ruido de alguien que se movía dentro, como si anduviera rebuscando entre cosas, «Era la ocasión», pensó.

Apoyó el hombro derecho contra la puerta y se afirmó bien con los pies en el suelo. No tenía que ser más que un solo empujón. Si fallaba el primero, seguramente que una lluvia de balas acabarían con él.

Hizo un poco de fuerza y sintió un leve crujido. Entonces lanzó sobre la puerta sus doscientas libras de peso en un envión prodigioso. Los paneles saltaron, astillados, y la cerradura arrojó lejos sus tornillos ante la brutal presión. El resultado fue el mismo que si tres hombres cargados con un tronco de árbol se hubiesen lanzado sobre la puerta.

Su misma presión lo envió a él casi al centro de la pieza antes de frenar. No podía pensar siquiera, porque el otro, el exteniente Thompson, no le daría tiempo para ello. Cuando logró mantenerse sobre sus pies derechamente, la pistola ya brillaba en sus manos.

Pero Thompson no era lento. En el momento en que la puerta se abrió, estaba metiendo en una valija algunas cosas que sacaba de un mueble, pero la pistola descansaba en la cama, allí a su lado.

Dispararon los dos al mismo tiempo, pero el expolicía fue más rápido en una fracción de segundo. Su bala se estrelló contra el brazo derecho de Thorwald, mientras el proyectil de éste pasaba sobre su cabeza, no demasiado alto.

El hueso del brazo no estaba roto; pero, por el momento, la pistola cayó al suelo. El noruego se agachó para prevenir la segunda bala, que Thompson disparó instantáneamente.

No había nada que hacer. Vio cómo el dedo se movía ligeramente sobre el gatillo y cómo, de pronto, empezaba a agitarse frenéticamente, y entonces lo comprendió todo. Una bala le había disparado a él por la tarde, otras dos para Riley y Trent y estas dos últimas. Cinco balas en total, Si le faltaba alguna del panzudo y corto revólver de reglamento, ahí estaba la explicación.

—Estás listo —le dijo Svenson suavemente, incorporándose—. Estás listo y lo sabes. No tienes ninguna posibilidad de escapar.

Sentía cómo le corría la sangre por el brazo abajo, pero no se preocupó de ella en absoluto.

Thompson, con un rapidísimo movimiento, le tiró el revólver a la cabeza, pero Svenson no tuvo más que agacharse y el arma pasó silbando a chocar contra la pared, descascarillándola.

—No te va a servir de nada —repitió Svenson.

Y empezó a andar paso a paso hacia el otro. No se había preocupado siquiera de coger su propia pistola, porque sabía que en un encuentro con Thompson, las probabilidades estaban todas a su favor.

—¿Piensas entregarme a la Policía? —preguntó el teniente.

Su cara, de rasgos firmes y serenos, no se había alterado, pero sus ojos no perdían ni un detalle de lo que ocurría en la habitación. Estaba presto para la batalla.

—Voy a matarte con mis propias manos —dijo Svenson—. Mataste a Harald Mattisson sin tener ningún motivo para ello, y él era mi amigo. Ahora morirás tú.

Thompson hizo un movimiento, como si fuera a lanzarse sobre Thorwald, y éste se preparó a bloquear el golpe. No llegó. Lo que hizo el policía fue dar un salto de costado y lanzarse a la habitación

interior, tratando de cerrar la puerta tras de sí.

Svenson cargó contra el panel como un «vikingo». La fuerza de su cuerpo hizo saltar los goznes y toda la puerta cayó al suelo con horrible estrépito. Pudo ver la figura de Thompson, que en aquel momento se disponía a saltar por la ventana. A través de ésta, les llegaban los rumores de la casa, despertada de su sueño por los disparos y los ruidos.

La nieve seguía cayendo espesamente. Mientras Thorwald se abalanzaba hacia la ventana, Thompson dio un salto en el vacío y desaparecía de la vista del noruego. Éste, al llegar al vano, se dio cuenta de la clase de inteligencia y decisión contra la que tenía que luchar.

La ventana daba sobre un patio interior, mejor dicho, una especie de solar evadido por algún capricho del dueño a las exigencias de la construcción. Estaba rodeado por tres casas y una valla, que daría seguramente a la calle Treinta y Dos. Había amontonados en él, en rústicos cobertizos, diversos grupos de máquinas, tractores y hasta un par de automóviles, muy antiguos y viejos.

Todo el cercado estaba blanco por la nieve, que allí, no pisada por nadie, alcanzaba una altura de tres o cuatro pies. Esta blanda capa había servido perfectamente para amortiguar la caída del traidor, que ahora corría hacia una puerta que se abría en la valla. Thorwald no lo sabía, pero en aquel patio, unas cuantas horas antes, había muerto su amigo Harald Mattisson.

No perdió tiempo Svenson. Se lanzó por la ventana y fue a aterrizar en la nieve del cercado, cayendo con las piernas perfectamente flexionadas. En cuanto tocó el suelo, las distendió y saltó hacia adelante. Thompson llegaba ya a la puerta y la estaba abriendo.

La abundancia de nieve dificultaba la carrera, pero Thorwald estaba acostumbrado a este elemento desde que naciera y, por tanto, era más rápido, bastante más rápido que Thompson. Le falló por unas pulgadas cuando el otro abría la puerta y echaba a correr por la calle.

Desde hacía un rato, varias ventanas se habían abierto y roncadas voces preguntaban qué había ocurrido en varios idiomas a la vez. A lo lejos se oyó la sirena de un coche policíaco, que se aproximaba a

toda velocidad Broadway arriba.

Pero el objetivo de Svenson estaba allí, a una yarda de distancia, corriendo desesperadamente en un vano intento de escapar a la muerte, que le perseguía con tenacidad. De cuando en cuando volvía la cabeza atrás y Thorwald vio que el pánico se había apoderado de él. La Némesis que llevaba detrás había logrado destrozarle los nervios.

Svenson extendió un brazo en el momento en que varias personas, un grupo de noctámbulos, aparecían por la esquina y se detenían sorprendidos por la escena que se desarrollaba ante ellos. Sólo falló el golpe por pocas pulgadas, y cayó al suelo, mientras Thompson alzaba un pie para patearlo.

Svenson se revolvió felinamente en el suelo, evitando la atroz patada, giró sobre sí mismo y logró ponerse de rodillas. Esquivó un nuevo golpe, dirigido a la cara, y extendió uno de sus brazos, parecidos a aspas de molino, logrando coger al otro por la cintura. Esta vez recibió un brutal patadón en la barbilla y cayó hacia atrás, pero sin soltar su presa. El resto era fácil.

Thompson sintió cómo dos manos grandes se le ceñían a la ancha cintura y empezaban a apretar. Svenson estaba aún de rodillas, pero aun así erguía metro y medio de estatura del suelo, un poco menos que el otro, que estaba en pie.

Las manos apretaron, mientras en la faz de Svenson, que la nieve hacía brillar, brotaba una sonrisa cruel, la sonrisa que podría tener un animal si supiera sonreír, al apresar la pieza que esperó durante mucho tiempo.

Dos o tres de los noctámbulos se acercaron, vacilando sobre sus pies, a causa de que el alcohol etílico es incompatible con el sentido del equilibrio. Empezaron a animar a ambos contendientes, creyendo que se trataba de una riña cualquiera.

—¡Adelante, pollo! —bramó un irlandés, casi cayéndose encima de ellos—. Ande y dele lo suyo al gigantón. ¡V-v-v-ergüenza había de d-d-dar-le, pelear c-c-con uno m-m-más p p-pequeño!

—Pero está en tierra —dijo otro, con la seriedad característica del beodo—. Pero está en tierra, pero está en tierra... —repitió, tratando de coordinar una frase que indicase la desventaja del hombre de rodillas.

Thompson emitió un agudo lamento al sentir aumentar la

presión en su cintura y en las costillas flotantes.

—¡Socorro! —gritó, abriendo mucho la boca—. ¡Socorro-o-o!

—Pues pide socorro —dijo el beodo, serio—. Pues pide socorro. ¡Es raro!

Algo se rompió, con blando ruido, en el interior del cuerpo de Thompson, y éste aulló gorgorizante. Las sirenas, que habían venido, volviéndose cada vez más ruidosas, se hacían insoportables ahora que los coches doblaban la esquina.

Thorwald las oyó. Abandonó el cuerpo inerte de Thompson y se puso en pie, apartando a los borrachos de dos manotazos, que dieron con ellos en tierra. Cuando iba a echar a correr, los dos «autos» frenaron bruscamente a su lado y de ellos salió un torrente de agentes de paisano y policías de uniforme.

Los borrachos no olvidarían jamás lo que siguió. Por lo visto, los policías tenían órdenes de coger vivo al individuo, porque ni uno de ellos trató de usar sus armas. Eran siete, porque un hombre de paisano, que llevaba un brazo colgando de un pañuelo, no tomó parte en la pelea; altos, fornidos y bragados irlandeses y polacos. Pero desde el primer momento se vio que apenas bastaban para aquel «vikingo» que parecía escapado de las ruinas, que describían los hechos de los piratas del Atlántico.

Tampoco él podía usar un arma, porque había dejado la suya en casa de Thompson, pero tenía bastante con sus brazos. Su primer movimiento, apenas vio que se le echaban encima, fue de barrido, moviendo el brazo izquierdo de derecha a izquierda. Tres policías, cogidos en medio de aquella trayectoria, rodaron por el suelo, como si alguien los hubiese golpeado con un palo.

Uno de los agentes, un enorme irlandés, saltó a las espaldas de Thorwald, pero él mismo debía haber sabido que en el Cuerpo de paracaidistas del Ejército británico se enseña muy bien a los soldados. Svenson se inclinó con fuerza, cogiendo la cabeza del otro con ambas manos hasta casi arrancársela, y lanzó al policía cinco yardas más allá, sobre el blando y blanco lecho.

Los irlandeses y los polacos son tenaces como «bull-dogs».

Apenas caía uno al suelo, cuando ya estaba otro en su sitio, tratando de paralizar alguna de aquellas aspas de hélice, que batían el aire con la fuerza de émbolos.

Pero entre ellos mismos se entorpecían los movimientos, mientras que Thorwald tenía una masa oscura ante sí, en la cual cada golpe suyo entraba como en un saco de plumas. En cierta ocasión, le cayeron encima dos y lograron hacerle doblar una rodilla, porque tampoco eran alfeñiques. Y el inspector Riley, del F. B. I.,

vio lo que nunca creyó pudiera hacer hombre alguno. «Aquel Svenson —pensó, con admiración— podría vencer en lucha a Joe Louis».

Con cinco hombres encima —dos de ellos estaban tratando de incorporarse de donde los mandaran un par de puñadas de Thorwald—, éste no tocó siquiera el suelo con la espalda. Mientras le daban puñetazos y golpes con las matracas de cuero, él, a fuerza de músculos de las pantorrillas, fue alzándose lentamente, «llevándolos en racimos colgados de él».

Uno de los borrachos empezó a dar palmas de puro placer, animando a Svenson, y el otro lo coreó, mientras cantaba una canción guerrera escocesa a toda voz. La gente empezaba a arremolinarse alrededor de los combatientes, pero se mantenía alejada del conflicto.

Thorwald consiguió ponerse en pie del todo, apretó sus brazos contra el cuerpo y los separó de pronto, como ballestas. Dos policías saltaron a la nieve como muñecos de guiñol. Una contorsión brusca del cuerpo le sacó de encima otro de sus agresores, y, durante un solo segundo, se vio libre. El brazo derecho le dolía a rabiarse, a causa de la herida que le causara Thompson, pero no podía preocuparse ahora de su dolor. Dio un salto sobre los cuerpos de los caídos y se dirigió a la carrera hacia el círculo de personas que se habían reunido alrededor de los luchadores.

—¡Deténgase, Svenson! —aulló Riley—. ¡No se escape! ¡No se escape o tiraré!

Pero de sobra sabía él que no podría disparar por miedo a herir a alguno de los mirones. Éstos se habían apartado, espantados, del camino de Svenson, pero uno de ellos, más decidido que los demás, le puso la zancadilla.

Nunca lo hubiera hecho. Svenson extendió uno de sus largos brazos y golpeó al imprudente en el pecho. Las consecuencias fueron quince días de cama con un par de costillas rotas.

Y se halló fuera del círculo, corriendo desesperadamente hacía... ¿dónde? No lo sabía. Sólo que no quería ser cogido por la Policía, antes de ello cualquier cosa. Dirigió una mirada a su alrededor mientras corría y, de pronto, vio uno de los coches patrulleros, parado allí, a dos yardas de él, con la portezuela abierta. La tentación era demasiado grande.

Aún oyó tras él los gritos de Riley y el ruido que armaban los policías al irle a los alcances. Pero ya estaba dentro. Sin molestarse siquiera en cerrar las portezuelas, puso el motor en marcha y el coche salió de estampía hacia delante.

Uno de los policías sacó su revólver, apuntó con cuidado a las ruedas traseras y disparó. Un par de sus compañeros lo imitaron, mientras el resto se dirigía a toda velocidad al otro coche para salir en su persecución. Pero ninguno de los disparos logró tocar las cubiertas. El coche de Svenson dobló la esquina, derrapando en la nieve hasta casi meterse en el encintado, pero prosiguió.

Nunca sabría él si fue un impulso interior o fruto de algún pensamiento inconsciente de su cerebro. El caso es que enfiló derecho hacia la Tercera Avenida. Oyó el silborrear de las sirenas a su espalda, y con una sonrisa puso él mismo la suya en funcionamiento, aunque no demasiado alto. Eso le abriría camino.

Se lo abrió, desde luego. Los peatones trasnochadores se apartaban rápidamente a su paso y los durmientes se asomaban a las ventanas a increpar a los servidores de la ley por aquel escándalo.

Llegó al Bowery y se metió por la calle donde vivía Mattisson — nunca se acordaría de cómo se llamaba—, pero no se paró en la puerta, sino que siguió más allá, un par de manzanas más, hasta dejar el coche en el aparcadero de delante de una fundición. Como en ella había turnos de noche, los técnicos y los obreros dejaban allí sus propios coches, de manera que todavía no lo encontrarían.

Entonces corrió hacia la casa de Mattisson. Apenas se metía en el portal, comprendió que había subestimado a la Policía. Efectivamente, el segundo coche doblaba la esquina en aquel momento y sus faros alumbraron por un momento su figura, cuando desaparecía en las fauces del portal.

Había elegido aquella casa no sabía por qué, pero indudablemente era porque la conocía. No pensaba en absoluto

tratar de ocultarse en el piso de Thora y de Harald, sino subir a la azotea, que había visto muchas veces, y procurar pasar a los tejados de las casas próximas. En cuanto lograrse entrar en China Town tendría la casi completa seguridad de que podría ocultarse hasta que consiguiera salir del Estado o del país.

Pero todos sus planes se vinieron abajo cuando se dio cuenta de que la sirena estaba empezando a despertar a los vecinos de la casa. Cuando llegaba al rellano del tercer piso, Hilde Halvorson, con el cabello suelto sobre sus hombros y espalda —ordinariamente lo llevaba con trenzas en rodete sobre la cabeza—, aparecía en la puerta. De dentro le llegó el lloriquear de uno de los mellizos.

—¡Thorwald! —gritó la joven, mirándolo horrorizada.

Tenía la ropa desgarrada, en desorden; el cabello revuelto y manchas de sangre en todas partes.

—Aparta, Hilde —dijo, con voz contenida—. Maté al hombre que mató a Harald y la Policía me persigue. Voy a la azotea. En el cuarto de Harald ha de haber una pistola. ¡Dámela!

La muchacha le cerró el paso firmemente.

—No mates más, Thorwald —le dijo con serenidad, que contrastaba extrañamente con la palpitación de su pecho—. No sigas matando y entrégate. La Justicia...

—¡Cuernos! —dijo él con dureza, apartándola con una sola mano—. La Justicia me sentará en la silla eléctrica por haber matado a un hombre, y porque no lo hice en legítima defensa, sino a conciencia de que lo hacía. ¡Paso!

Llegó a la habitación de Harald en el momento en que en la escalera se oían ya los pasos de los policías, que ascendían cautelosamente, y sus voces intimándolo a que se rindiera.

Cogió la pistola de su amigo, miró y comprobó que estaba cargada y se echó al bolsillo cinco cargadores. Con los que él llevaba ya hacían ocho. Más de cincuenta balas. Podía defenderse.

Hilde apareció de nuevo en la puerta y en sus ojos había destellos de lágrimas.

—¡No lo hagas, Thorwald! —suplicó—. No lo hagas.

—Adiós, Hilde. No creo que volvamos a vernos.

Se inclinó sobre ella y la besó con pasión en los rojos labios. Luego saltó hacia la escalera de emergencia, en procura de la azotea y de la libertad.



X



N alba tímida, cubierta de cendales de niebla, que el viento arrebatava hacia el Atlántico, empezaba a iluminar los remates de los rascacielos, mientras abajo, las calles, como profundos cañones, aún dormían un pesado sueño entre la sábana lechosa que las cubría.

Sonó un nuevo disparo. Un policía, que había salido hacia el centro de la calle para hacer señas a un coche que se acercaba, dio un salto y se refugió de nuevo en el seguro de un portal. Riley maldijo en voz baja.

—¡Ese hombre! —dijo, con voz contenida—. Está loco, completamente loco. ¡Vamos, pronto, que traigan eso!

«Eso» era un coche provisto de un altavoz en su parte posterior.

Dentro del coche, varios hombres esperaban órdenes.

—Llevamos así ya tres horas —dijo un joven inspector de Policía, frotándose las manos heladas—. Vamos a tener que ensayar algo nuevo si no queremos esperar a que se muera de hambre.

Una gran muchedumbre, contenida por los macizos agentes de uniforme, se apelotonaba en las calles adyacentes y de todas partes llegaban los fragmentos de las conversaciones sostenidas a gritos. Aquello parecía una gigantesca colmena puesta en ebullición por la entrada de una pareja de abejorros.

—No quiero que se muera de hambre, ni quiero tener que matarlo, ni quiero que él mate a nadie —dijo Riley, enfurecido—. ¡Maldito sueco, si pudiera, de buena gana le daría una paliza con mis propias manos, por obstinado y burro! ¡Empiecen! Bueno, mejor dicho...

Dio una corta carrera y se metió dentro del automóvil que llevaba el altavoz. Un agente le pasó el micrófono y Riley carraspeó antes de empegar a hablar. Luego:

—¡Svenson! —dijo. El aparato reprodujo su voz como si fuera el rugido enorme de cien fieras juntas, apagando todo ruido a su alrededor. Él no necesitaba esforzarse en hablar alto, sino solamente en hablar—. ¡Svenson! —repitió—. Sal de ahí. Ya ha durado bastante la mascarada.

El altavoz calló un momento y en aquel momento allá arriba, en el tercer piso, se oyó una ronca carcajada y enseguida los gritos de un hombre que trataba de hacerse oír. La multitud y los policías guardaron silencio instintivamente. Aquel duelo entre la ley, con todas sus armas, y un hombre sólo era algo que impresionaba hasta a los mismos chiquillos, que se agarraban a la falda de sus madres en las casas aledañas. El grupo de personas desalojado de la casa donde se había metido Svenson, formaba un conjunto de expectantes mujeres, hombres y chiquillos, que se calentaban en una estufa y bebían café, que les bajaban los vecinos.

—Sube a buscarme, Riley —bramó Svenson—. Sube a buscarme, pero no esperes que me voy a rendir para que me sienten en la «silla». Vamos; oí decir siempre que los del

F. B. I.,

eran valientes. ¿Vienes?

—No seas idiota, Svenson —gangueó el altavoz, apagando las

últimas palabras del noruego—. Baja, que nadie te va a sentar en la «silla», ni mucho menos. ¿Por qué habíamos de hacerlo?

—Porque he matado a un hombre... —La potente voz de Thorwald llegaba hasta los últimos rincones de la calle.

—No... —empezó a decir Riley, cuando algo brilló en una ventana, destelló en el borde y se sintió el ruido de cacharros que se parten.

El altavoz lanzó un ahogado lamento al quebrarse la voz de Riley y quedó en silencio.

—¡Bueno, maldito sea! —dijo el inspector—. Ya nos ha fastidiado ese animal. Pues tendremos que traer otro.

De la casa de enfrente partió una descarga cerrada y las balas se clavaron monótonamente en la pared de la habitación que Svenson había escogido como refugio. Riley salió del automóvil lanzando gritos de aviso.

—¡No tiren! —aulló—. El primero que vuelva a disparar me va a entregar su chapa.

Cesaron los disparos, y en el silencio que siguió se oyó la carcajada burlona de Thorwald.

—Si hubiésemos tenido esos tiradores durante la guerra, jamás la hubiéramos ganado. Ni uno de los disparos ha entrado por la ventana. ¡A la escuela!

Un coche logró atravesar el cordón policial. Dentro de él llegaba el fiscal del distrito, el diputado Ryan y su hija. Llegaron hasta donde la seguridad lo permitía, y allí se bajaron. Riley se acercó a ellos y estrechó la mano de los tres.

—Emplee gases lacrimógenos o malolientes —dijo el fiscal—; pero sáqueme a ese hombre de ahí. ¡Por Cristo! ¿Cómo es posible que un hombre sólo pueda mantener a raya a cien policías? ¿Es que van a necesitar ustedes la ayuda del Ejército?

Patricia Ryan abrió la boca para hablar, pero ya se le adelantaba Riley. Al lado de éste había aparecido una esbelta y alta muchacha, despeinada, pero bellísima, a la suave luz de la mañana.

—No quiero emplear gases de ninguna clase contra ese hombre —dijo el inspector del

F. B. I.,

con ira—. No me da la gana, ¿comprende? Y ¿sabe por qué? Pues porque quiero que se rinda él solito, por eso. No ha cometido

ningún crimen de sangre, quiero decir; pero cree que ha matado al jefe de la organización de secuestradores, a Thompson, y cree que va a ir a la silla eléctrica. Estamos tratando de convencerlo de que con un par de años, o menos, podrá salir del lío en que se ha metido.

—Pero si mata a alguien... —empezó el fiscal, un hombrecillo obeso, que había llegado a aquel puesto por fuertes presiones de un cacique político.

—No matará a nadie —le aseguró Riley, un poco más calmado—. Ya he dado las órdenes para que me traigan otro altavoz. Lo pondremos donde no pueda llegar él con su arma, pero tenemos que decirle que no es culpable de ninguna muerte.

—¡Bien dicho, amigo! —dijo Patricia, extendiéndole la mano—. Creo que es usted un hombre cabal. ¿No es verdad, papá?

—No me hables —dijo su padre, malhumorado—. Me has sacado de la cama a estas horas y...

—¿Qué, no se atreven a más? —preguntó allá arriba la voz de Svenson—. Vamos, que me aburro. Y además, no hace demasiado calor.

—Le cortamos la calefacción —dijo Riley, sonriendo—. Es un tío con agallas, ¡maldita sea su estampa! Creo que jamás he admirado nunca más a un hombre.

—Sí, es todo un hombre —opinó Patricia Riley, muy satisfecha—. Vamos, míster John —dijo, dirigiéndose al fiscal—: no ponga esa cara. Ya verá cómo lo hacen bajar. ¿Qué le ha pasado a usted, «Tío Sam»? —le preguntó al inspector del

F. B. I.

—Thompson me tomó como blanco. Me ha roto el hueso, creo.

—¡Pobrecito! —Se inclinó sobre él, repentinamente, y le tocó en el brazo herido—. Y todo esto, ha sido por mi culpa.

Riley se encontró mirando a un par de ojos azules, y por primera vez, desde que «La Bestia Escarlata» lo hiriera, sintió un ligero mareo.

—No se me acerque mucho —dijo, humorísticamente—. Estoy tan cargado como una bomba de relojería.

Llegaba un nuevo coche con el altavoz. Pero ahora se encontraron con que no sería posible colocarlo sino en la misma calle. De lo contrario, dijeron los técnicos, no se oiría más que el

ruido desde el lugar que ocupaba Thorwald Svenson.

—Esto quiere decir que se nos cargará otro aparato, señor —dijo el inspector de la Policía Metropolitana—. En fin...

La muchacha rubia que se había puesto al lado de Riley avanzó hasta colocarse en primera fila, al lado de Patricia.

—Pongan el automóvil —dijo, con voz serena. Nada en ella revelaba el pasado acceso de llanto—. Prometo que no dispararé.

—No puedo arriesgarme... —empezó Riley.

Patricia miró a los ojos de la otra muchacha y lo que vio en ellos le hizo sonreír con ternura:

—No sea tonto, «Tío Sam». Él no disparará. Valor, amiga, creo que él no se la merece. Bueno... —agregó precipitadamente al acordarse de aquella misma tarde...— creo que no la merece... demasiado.

Hilde Halvorson avanzó hasta colocarse al lado del coche. Riley volvió a meterse en él con un suspiro y el automóvil avanzó de nuevo. Tanto el chofer como los del interior iban resguardados por los cristales irrompibles e inastillables.

Nuevamente volvió a repetirse lo que antes había dicho, pero esta vez no contestó nadie. Riley repitió varias veces al otro que se rindiera y todo este tiempo, Hilde Halvorson, alta, erguida y hermosa como una «walquiria», permaneció al lado del automóvil, entre los entusiásticos murmullos de la manada de gente que se restregaba contra las cuerdas de policías. De cuando en cuando, un grito de «a muerte el gangster», «que empleen los gases».

De súbito, todo quedó en silencio nuevamente. Y entonces, fantasmal entre la nieve, que empezaba a caer de nuevo, llegó a los oídos de todos la voz de Svenson:

—¡Apártate, Hilde; por Dios, apártate! Voy a acabar con ese cencerro.

Antes de que el altavoz pudiese volver a salmodiar de nuevo su cantilena, la fina, penetrante y dulce voz de la muchacha noruega elevó sus armónicos a lo alto.

—Ríndete, Thor —gritó—. Han dicho que no tienen nada contra ti ¡Ríndete antes de que puedas matar a alguien! ¡Entonces ya sería demasiado tarde!

—Es una mentira que te han contado, Hilde —bramó Svenson. Y, repentinamente, su cara apareció en la ventana, pálida,

despeinada, pero con gesto indomable—. Es una mentira. Maté al gusano que mató a Harald, y no me arrepiento de ello. Pero que vengan los policías a tratar de sacarme de aquí y mataré a algunos más. Me cortaron la salida para la libertad, pero no me han cortado la salida para la muerte. ¡Que suban!

—¡Svenson, maldito animal! —rugió el altavoz—. Thompson está vivo. No lo mataste tú. Sigue vivo todavía.

—¡Mentira! Apártate, Hilde, por lo que más quieras, que voy a apagar a ese moscón. ¡Apártate!

—No —declaró la muchacha firmemente—. No hasta que no hayas dicho que bajarás.

Riley apartó el altavoz de su boca y miró con el entrecejo fruncido un instante ante sí. Luego, de pronto, sonrió y se bajó del «auto». Llegó hasta donde estaban el representante Ryan, su hija y el fiscal del distrito. Entonces, encarándose con el inspector de Policía le dijo:

—Vaya al camión-hospital donde dejamos a Thompson y tráigaselo. Después de todo, no está grave. Otra cosa hubiese sido si lo dejamos diez segundos más entre las zarpas de ese león rugiente.

Fue retirado el automóvil-altavoz y la expectación creció por momentos, porque la gente sabía que la Policía estaba preparando algo. Desde las azoteas de las casas vecinas, los policías, agazapados, vigilaban los accesos a la casa de Mattisson, en espera de que el prisionero intentara escapar por allí. Pero Svenson sabía el peligro que corría y había decidido morir allí dentro, como un verdadero escorpión o un leopardo, que muere, pero jamás se rinde.

Hilde, con la vista baja, se acercó a la acera. Patricia Ryan, impulsivamente, le echó un brazo por encima de los hombros y la atrajo hacia sí.

—Vaya, hija, que puede usted estar orgullosa —dijo—. No se preocupe, que no pasará nada. Se rendirá. Pero puede estar orgullosa. Mire: déjeme decirle que los irlandeses apreciamos el valor cuando se nos pone delante de la nariz. Y si ese hombre no es un valiente de cuerpo entero me como mis medias.

Hilde sonrió y estrechó la mano de la irlandesa. Ésta, con los ojos brillantes, se enfrentó con Riley.

—Duro el chico, ¿eh? —preguntó, con la boca entreabierta.

—Vaya si lo es —asintió el del

F. B. I.

—. Pero, amiguita millonaria, la ley es la ley. Ese hombre traspasó la frontera y ahora tendrá que pagar lo que hizo.

—¿Cuánto? —preguntó Hilde—. Bueno; aproximadamente.

—Un par de años, creo yo, todo lo más —dijo Ryan, que era abogado.

El fiscal frunció el ceño.

—Más, si me lo dejasen a mí —rezongó, porque tenía mucho frío y no perdonaba a Svenson el que lo tuviera allí, a aquellas horas de la mañana y nevando de nuevo.

Ryan padre le echó una dura mirada bajo sus blancas y espesas cejas. Esa mirada había hecho temblar a más de un fiscal.

—Ojo, John —le aseguró—. Dos años es bastante para ese chico. Después de todo, no ha matado a nadie nunca. No lo olvides.

Un coche se abrió paso entre la congestión. Se trataba de un equipo de primeros auxilios, pintado de color gris pálido. Dos enfermos-policías se metieron dentro y sacaron una camilla, en la que, tapado con manta hasta la barbilla, iba Thompson, el exteniente de Policía. Llevaba los ojos cerrados fuertemente y la boca, dura, con los labios apretados.

—No dispares, Svenson —gritó Riley—, y verás algo bueno para ti. ¡Ahora!

Los dos camilleros, impávidos, con el valor que presta el estar cumpliendo con su deber, avanzaron tranquilamente hasta hallarse en el centro de la calle. Entonces pusieron la camilla un poco inclinada. La cara de Svenson, borrosa a través del manto de nieve, se asomó. Un silbido de desencanto cruzó la calle.

—Siento no haberlo matado —dijo—. Pero aún no es tarde —y algo brilló en su mano.

Fue rápido, pero no lo suficiente. Hilde Halvorson, que había esperado algo parecido, estaba preparada. De un salto llegó hasta la camilla y se inclinó sobre ella.

—Dispara ahora, Thorwald Svenson —gritó—. Y mátame a mí, ya que has despreciado la libertad que te ofrecen. Anda, conviértete en una fiera ansiosa de sangre, que sólo puede saciarse matando, matando, matando más y más... ¡Vamos, aquí me tienes! ¿Qué esperas?

La cara de Thorwald desapareció de la ventana. Uno de los

policías de la casa frontera gritó algo que nadie pudo entender y el altavoz bramó pidiendo silencio. Hubo una pausa. Luego, la voz de Svenson:

—Estoy abriendo la puerta, Riley. Voy a bajar, Hilde. ¡Pobre del que me engañe! No vivirá bastante para recordarlo. ¡Voy a bajar!

Patricia cruzó la calle corriendo y se arrodilló al lado de Hilde, que había caído sin fuerzas sobre la nieve.

—¡Valor, querida, ya baja! ¡Se va a entregar! ¿Me oye? ¡Se va a entregar!

Y de pronto se dio cuenta de que tenía entre sus brazos un peso muerto: Hilde Halvorson, la muchacha escandinava había perdido el conocimiento.

Dos policías se pusieron a cada uno de los lados de la puerta, con las ametralladoras portátiles prestas. El silencio se podía mascar y la gente esperaba con la boca abierta y el corazón latiéndole violentamente en el pecho.

Uno... dos... tres... cuatro minutos. Los que estaban más cerca se echaron atrás al ver recortarse en la negrura del portal la gigantesca silueta. Ambos policías levantaron las armas al ver la pistola que él llevaba en la mano, pero Thorwald, sonriendo, la tiró a la nieve.

—Bueno, amigos, aquí estoy. Adelante.

Riley avanzó hacia él y se paró enfrente.

—Lo siento, Svenson. Cuando quieras. Me alegro de que hayas hecho esto.

—¿De veras? Puedo despedirme de Hilde, ¿no?

—Claro.

Thorwald, cogido por ambos agentes —a los dos los había aporreado a gusto la noche anterior, y lo miraban con miedo—, se aproximó al grupo que formaban la irlandesa, el diputado, el fiscal e Hilde Halvorson. Ésta abría los ojos en aquel momento.

—¡Hola, Hilde! —dijo él, cogiéndole una mano entre las suyas—. Ya ves que has ganado. Sólo que vamos a estarnos sin vernos unos años, por lo visto. Lo único que me alegra será que colgarán a ese excremento de Thompson. Lo tiene bien, merecido.

—Te esperaré —dijo ella sencillamente.

Y todos los que los rodeaban dieron un suspiro de alivio.





¡MISTERIO!
¡EMOCION!
¡TERROR!

He aquí los tres pilares que constituyen el argumento de la incomparable obra titulada

HUELLAS DE ULTRATUMBA

En un ambiente amedrentador, los agentes del F. B. I. tienen que descifrar un misterio tenebroso, cuajado de peligros. Usan de los revólveres de reglamento para...

THOMAS SETTEE

el autor que tantos éxitos ha cosechado en Sudamérica, nos remite esta novela, especialmente dedicada al público español en general.

HUELLAS DE ULTRATUMBA

TODOS LOS JOVENES INTELIGENTES

saben ya quienes son

JACK, BILL BOY y SAM

LEED:

AVENTURAS DEL F. B. I.

NOTAS

[1] Dos metros y 100 kilos, respectiva y aproximadamente. < <